

# Unidad y Carismas

## El Vaticano II: 50 años después

El samaritano, paradigma  
de la espiritualidad conciliar

---

*Fabio Ciardi, o.m.i.*

Una mina todavía abierta

---

*Carlos García Andrade, c.m.f.*

Un Concilio para la Iglesia de hoy

---

*José-Damián Gaitán, o.c.d.*

Mujeres en el Concilio: ¿“presencia simbólica”?

---

*Grazia Paris, s.d.c.*

La audacia del cambio

---

*Paolo Monaco, s.j.*

La aportación de Chiara Lubich  
al camino ecuménico del Vaticano II

---

*Joan Patricia Back*

N.º 85/2013

---

Enero - Marzo

  
Ciudad Nueva

## Revista trimestral de espiritualidad y comunión

### Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)  
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

**Consejo de redacción:** Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M<sup>a</sup> Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

**Administración:** Joaquín M<sup>a</sup> Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.  
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

**Composición:** José Luis Belver, o.s.a.

**www.unidadycarismas.es**

### Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,  
Via della Selvotta, 25  
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.  
unitaekarismi@cittanuova.it

### Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr  
Kaulbachstrasse 47  
D - 80539 München, Alemania  
schalk@redmuc.de

### Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,  
mssp, Via della Salvotta, 25  
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

### Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,  
Cistercijanska opatija Sticna  
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

### Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg  
10, av. Rémy René-Bazin  
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia  
unitecharismes@focolari.fr

### Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.  
Biskupow 72 PL  
48-355 Burgabice, Polonia  
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

### Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.  
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil  
centrofoco@uol.com.br

Depósito Legal: M-16.216-1991

## EL VATICANO II: 50 AÑOS DESPUÉS

### Editorial

---

50 años después del Vaticano II *Antonio Castellano, s.d.b.* 4

### Perspectivas

---

El samaritano,  
paradigma de la espiritualidad conciliar *Fabio Ciardi, o.m.i.* 7

Una mina todavía abierta *Carlos García Andrade, c.m.f.* 13

Un Concilio para la Iglesia de hoy *José-Damián Gaitán, o.c.d.* 19

Una *experientia fidei* siempre renovada *Alessandro Clemenzia, c.o.* 23

### Testigos

---

Mujeres en el Concilio: ¿“presencia simbólica”? *Grazia Paris, s.d.c.* 26

### Experiencias

---

La audacia del cambio *Paolo Monaco, s.j.* 29

Recuerdos de los años conciliares *Angelo S. Lazzarotto, p.i.m.e.* 32

Intentando releer una experiencia  
desde la pedagogía de Dios *Santino Bisignano, o.m.i.* 34

### Nuevos horizontes

---

La aportación de Chiara Lubich  
al camino ecuménico del Vaticano II *Joan Patricia Back* 37

# 50 años después del Vaticano II

---

*El recuerdo de los 50 años del comienzo del Concilio Vaticano II es una ocasión propicia para reflexionar y hacer balance del camino recorrido. ¿Qué fue lo que sucedió en el Concilio? ¿Cuánto de lo que allí se dijo se ha llevado a cabo y cuánto queda aún por hacer? ¿Tiene todavía actualidad? ¿Qué nos puede decir hoy? ¿Cuál ha de ser nuestra actitud ante el mismo? Estas son algunas de las muchas preguntas que nos podemos hacer, y que no sería positivo eludir.*

### Vivir la Iglesia

El cardenal Walter Kasper en su último libro sobre la Iglesia<sup>1</sup> nos ofrece una serie de referencias interesantes a este respecto. Ante todo manifiesta claramente su decisión, madurada después de larga reflexión, de no hablar de la Iglesia desde una perspectiva más bien de distanciamiento, como si fuera algo que sólo le interesara académicamente, sino hacerlo además como algo que le atañe personalmente: de hecho se trata —dice Kasper— de la Iglesia «en la que me siento como en mi propia casa, una Iglesia a la que amo a pesar de algunas de sus debilidades y a pesar de algunas de sus decisiones, la Iglesia por la que he trabajado toda mi vida»<sup>2</sup>.

Para Kasper el Concilio Vaticano II es el acontecimiento gracias al cual la Iglesia de nuestro tiempo «se pone en camino y se renueva». Vale la pena citar sus palabras llenas de entusiasmo y de admiración. «La celebración del Concilio Vaticano II (1962-1965) fue para mí una experiencia muy fuerte de la Iglesia y un punto sólido de referencia permanente. Cuando el 25 de enero de 1959 Juan XXIII anunció el Concilio, supuso una sorpresa muy grande. Fue una época tan llena de ilusiones, intensa, e interesante que los teólogos jóvenes de hoy no son capaces ni de imaginar. Vimos cómo la Iglesia, poseedora de un patrimonio venerable de siglos, daba signos de una nueva vitalidad, cómo abría de par en par puertas y ventanas para dar pie a un diálogo dentro de ella misma, y también con otras Iglesias, otras religiones y con la cultura moderna. Era una Iglesia que se ponía de nuevo en camino, una Iglesia que no despreciaba y no renegaba su antigua Tradición, sino que, permaneciendo fiel a ella, quiso limpiarse de adherencias extrañas del pasado con el fin de lograr una Tradición renovada, viva y fecunda, en camino hacia el futuro. Estoy convencido de que los dieciséis documentos principales del Concilio son, en su con-

junto, la brújula para el caminar de la Iglesia del siglo XXI<sup>3</sup>. Reconoce que en nuestros días aquella admiración y entusiasmo por el Concilio ha venido a menos. «Le ha seguido una nueva generación para la cual el Concilio es un acontecimiento muy lejano y aparentemente de otro tiempo (...). Habría que explicar a esa generación (...) qué fue lo que sucedió y lograr que se entusiasmen con él»<sup>4</sup>.

## Volver al mensaje del Concilio

Es necesario, pues, explicar, hacer hermenéutica, una adecuada hermenéutica, porque sabemos por la historia que, con frecuencia, después de un Concilio importante no resulta fácil la fase siguiente de recepción y puesta en práctica. Por lo tanto, hay que volver al mensaje del Concilio tal cual se contiene en sus documentos, conocerlo, entenderlo y vivirlo correctamente. En este sentido, es importante en primer lugar tener en cuenta que una de las cosas que se propuso el Concilio fue hacer actual la riqueza de la Tradición de la fe de la Iglesia en una época, como la nuestra, que vive un proceso de continuas y constantes transformaciones, buscando nuevas formas de comunicarla, pero siendo, a la vez, fiel a ella. Además, hay que tener también presente que, tras el Concilio, en la Iglesia se ha vivido una fase de recepción y de puesta en práctica que es fundamental para una mayor comprensión y mejor encarnación del mensaje conciliar. Observa, de hecho, Kasper: «Entendida la recepción en sentido correcto, esta es (...) un proceso eclesial vivo guiado por el Espíritu Santo, que se va desarrollando tanto a través de la doctrina como de la vida de la Iglesia»<sup>5</sup>.

## La Iglesia-comunión y la nueva evangelización

Llegados a este punto podemos preguntarnos: ¿cuáles han sido, en estos 50 años, los temas o aspectos de la vida y de la doctrina de la Iglesia que más se han puesto de relieve y que pueden ayudarnos a comprender y a vivir con mayor seguridad el mensaje del Concilio? Respondiendo a esta pregunta se puede decir que han sido (y continúan siendo) dos los grandes temas de la vida y la doctrina de la Iglesia postconciliar: el de la Iglesia-comunión y el de la evangelización (o “nueva evangelización”). Ambos corresponden en la práctica a los dos grandes temas del Concilio, en los que la Iglesia reflexionó sobre su identidad y sobre su misión en el mundo. No es este, sin duda, el momento de entrar en detalles, tratándose de realidades que han sido ampliamente tratadas por la teología y propuestas en muchos documentos del magisterio eclesial de después del Concilio. A este propósito me parece importante poner de relieve que el Espíritu Santo en nuestro tiempo no sólo ha iluminado a los teólogos y a los pastores en sus respectivas enseñanzas, sino que, a su vez, ha mandado a la Iglesia nuevos carismas, para que resplandeciese en ella más claramente su condición de signo e instrumento de aquella unidad divina traída por Jesús, y brillasen con nuevo vigor las palabras del Evangelio.

Así es cómo la Iglesia de nuestro tiempo, no obstante sus debilidades, tan aireadas en ocasiones por los medios de comunicación, ha llegado a poseer —por la fuerza renovadora del Espíritu— una nueva belleza. Belleza que se manifiesta en el rostro de tantos cristianos que han vuelto a encontrar el sentido de su bautismo, llenos de confianza en el amor del Padre y prestando atención a todos los hermanos. Y también en el rostro de tantas personas de buena voluntad, per-

tenecientes a otras religiones y otras ideas, que, de algún modo han sido tocadas, ellas también, por el Espíritu Santo y se sienten atraídas por la presencia viva de Jesús en su Iglesia. Todo lo cual hace sentir la belleza de poder vivir de una forma nueva la unidad traída por Jesús, de sentir a la Iglesia como la única gran familia de los hijos de Dios a la que todos, sin exclusión alguna, han sido llamados. Ante una Iglesia así no podemos no sentirnos “en casa”, como ha dicho Kasper, y no es posible no sentirse atraídos. Nace espontáneo en el corazón el deseo de comprometerse con ella, de gastar la vida por esta causa.

*Antonio Castellano, s.d.b.*

<sup>1</sup> W. Kasper, *Chiesa cattolica. Essenza-Realtà-Missione*, Queriniana, Brescia 2012.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 9.

<sup>3</sup> *Ibid.* pp. 22-23.

<sup>4</sup> *Ibid.* pp. 24-25.

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 25.

*«Sólo después del Concilio se aclaró un elemento que se encuentra un poco escondido incluso en el Concilio mismo, o sea: el nexo entre Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo es precisamente la comunión con Cristo en la unión eucarística. Aquí nos convertimos en Cuerpo de Cristo; esto es, la relación entre Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo crea una nueva realidad: la comunión. Y diría que después del Concilio se ha descubierto cómo en realidad el Concilio encontró, orientó hacia este concepto: la comunión como concepto central. Diría que esto no estaba aún filológicamente maduro del todo en el Concilio; pero es fruto del Concilio el que el concepto de comunión se haya transformado cada vez más en la expresión de la esencia de la Iglesia. Comunión en las distintas dimensiones: comunión con el Dios Trinitario –que es Él mismo comunión entre Padre, Hijo y Espíritu Santo–, comunión sacramental, comunión concreta en el episcopado y en la vida de la Iglesia».*

*«Estaba el Concilio de los Padres –el verdadero Concilio–, pero estaba también el Concilio de los medios de comunicación. Era casi un Concilio aparte, y el mundo percibió el Concilio a través de éstos, a través de los medios. Así pues, el Concilio inmediatamente eficiente que llegó al pueblo fue el de los medios, no el de los Padres... Sabemos en qué medida este Concilio de los medios de comunicación fue accesible a todos. Así, esto era lo dominante, lo más eficiente, y ha provocado tantas calamidades, tantos problemas; realmente tantas miserias: seminarios cerrados, conventos cerrados, liturgia banalizada... y el verdadero Concilio ha tenido dificultad para concretizarse, para realizarse; el Concilio virtual era más fuerte que el Concilio real. Pero la fuerza real del Concilio estaba presente y, poco a poco, se realiza cada vez más y se convierte en la fuerza verdadera que después es también reforma verdadera, verdadera renovación de la Iglesia. Me parece que, 50 años después del Concilio, vemos cómo este Concilio virtual se rompe, se pierde, y aparece el verdadero Concilio con toda su fuerza espiritual. Nuestra tarea, precisamente en este Año de la fe, comenzando por este Año de la fe, es la de trabajar para que el verdadero Concilio, con la fuerza del Espíritu Santo, se realice y la Iglesia se renueve realmente».*

Benedicto XVI, *Encuentro con los párrocos y clero de la diócesis de Roma*, 14.02.2013

# El samaritano, paradigma de la espiritualidad conciliar

*Fabio Ciardi, o.m.i.*

*En la parábola del buen samaritano Pablo VI veía el paradigma del giro antropológico realizado por el Vaticano II: una actitud de benevolencia, de estima, de amor y de servicio hacia la sociedad contemporánea, y así perseguir la propia misión de unidad.*

**E**L discurso con el cual, hace cincuenta años, Juan XXIII abrió el Concilio Vaticano II fue como una gran *ouverture* sinfónica, que anticipaba los contenidos de la asamblea ecuménica y a la vez indicaba las actitudes con las que se debería afrontar, inseparables de los contenidos. Entre los objetivos que el papa confiaba al Concilio se encontraba sobre todo el de ofrecer la verdad de la fe cristiana con modalidades nuevas, para que pudiese ser comprendida y acogida por el mundo de hoy (la dimensión «pastoral»), y el de promover la unidad en la familia humana, sobre todo la unidad en la verdad entre todas las Iglesias. Entre las actitudes que proponía para llegar a conseguir estos objetivos, estaba ante todo una mirada positiva sobre el mundo contemporáneo, acogiendo las «oportunidades» y sabiendo percibir el trabajo de la Providencia que «nos está llevando a un nuevo orden de relaciones

*humanas que, por obra misma de los hombres pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados». Disentía abiertamente de los «profetas de calamidades» que en los tiempos modernos no sabían ver sino «prevaricación y ruina». Para reprimir los errores, que sabía estaban presentes en la sociedad contemporánea, invitaba a preferir «la medicina de la misericordia más que la de la severidad. Ella (la Iglesia) quiere venir al encuentro de las necesidades actuales, mostrando la validez de su doctrina más que renovando condenas»<sup>1</sup>.*

Era lo que tantos profetas de la primera parte del siglo XX habían esperado: «¡Que el Cristianismo acepte por fin sin reticencias las nuevas dimensiones (espaciales, temporales, psicológicas) del Mundo que nos rodea! —escribía Teilhard de Chardin ya en 1936—. Sólo se convierte aquello que se ama: si el cristiano no siente una plena simpatía con el mundo que

nace, si no experimenta en su interior las aspiraciones y las ansiedades del mundo moderno, si no deja que crezca en su ser el sentido humano, no podrá realizar nunca la síntesis liberadora entre la Tierra y el Cielo, síntesis de la que puede salir la parusia de Cristo Universal... Sumergirse para emerger y para levantar. Participar para sublimar. Tal es la ley misma de la Encarnación»<sup>2</sup>. Y en 1952 Hans Urs Von Balthasar había titulado de la siguiente manera un famoso libro suyo de entonces: *Abatir los bastiones*<sup>3</sup>. Había llegado el momento de salir de la ciudadela «asediada» por el mundo moderno hostil, e ir al encuentro del “enemigo”, ya no considerado como tal.

Era cuanto se esperaban también muchos obispos, que quedaron desilusionados de los esquemas preparatorios elaborados previamente como instrumentos de trabajo del Concilio. Basta recordar la *Súplica* que, poco antes de su apertura, habían dirigido al papa el cardenal Léger, junto con Frings, Döpfner, König, Alfrink, Suenens y Liénart. En ella se pedía «el respeto hacia todos, también hacia los que están en el error o que sólo comparten una verdad de modo parcial (...); una actitud de profunda benevolencia hacia todos los valores humanos auténticos (...); una actitud acogedora hacia cualquier verdad, venga de donde venga», fuese de las «grandes culturas no cristianas», ciencias y «técnicas nuevas de nuestro tiempo», o «valores cristianos conservados por nuestros hermanos separados», o «valores religiosos auténticos, escondidos en el corazón de algunas religiones no cristianas». Se pedía en definitiva «solicitud hacia los hombres», «una actitud de simpatía, de apertura, de participación para un inmenso y leal esfuerzo de búsqueda, de deseo de asimilar y perfeccionar, gracias a las aportaciones del pensamiento cristiano, todo lo que aporte un auténtico enriquecimiento»; la acogida de «todas las riquezas de este mundo»; de «prestar la atención a las inquietudes de nuestros contemporáneos, mostrarse ávidos de descubrir en su pensamiento los valores verdaderos, va-

lores tantas veces auténticamente cristianos, que muchos entre nosotros han olvidado»<sup>4</sup>. En esta *Súplica* ya se advierten las actitudes positivas que encontraremos al principio de la Constitución pastoral *Gaudium et spes*: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón».

### Una Iglesia que se hace hermana y discípula

Con el discurso de apertura de Juan XXIII, el Concilio comienza pues con una mirada de «simpatía» y de amor, de implicación y de inmersión en la sociedad contemporánea, condición imprescindible para «levantar y sublimar», como diría Teilhard de Chardin. No se podían ya exponer las verdades evangélicas de manera abstracta, sin tener en cuenta las condiciones reales del mundo actual, de sus angustias y esperanzas, sin entrar en íntima solidaridad con el género humano, sin discernir «los signos de los tiempos», en el respeto por los valores humanos auténticos, se encuentren donde se encuentren, incluso fuera de los confines visibles de la Iglesia.

Como *Mater et magistra*, la Iglesia comenzaba a hacerse hermana y discípula, hasta sentirse interpelada para acoger «la ayuda que recibe del mundo contemporáneo»; es el título del número 44 de la *Gaudium et spes*, en el cual se lee: «La experiencia de los siglos pasados, el progreso de las ciencias, los tesoros escondidos en las diversas formas de cultura, que permiten conocer mejor al hombre y abren para él nuevos caminos para la verdad, aprovechan también a la Iglesia».

Muy pocos años antes hubiera sido impensable una tal actitud de apertura hacia la sociedad contemporánea. Y no es necesario



remontarse al *Syllabus* de Pio IX o a la encíclica *Pascendi* de Pio X. La distancia de la sociedad contemporánea, a partir de la Ilustración, de la Revolución francesa, y acentuada con la anexión del Estado pontificio al Reino de Italia, había sido cada vez más evidente hasta los umbrales del Concilio. No era sólo la reclusión del papa en la ciudad del Vaticano con la impresión de estar asediado por el «mundo», sino también un distanciamiento de la realidad cotidiana de la gente común. Es significativo lo que anotaba Yves Congar en su *Diario del Concilio*, el 14 de noviembre de 1960, cuando se estaba todavía en la fase preparatoria, al final de una celebración en la Capilla Sixtina: «Al volver me meto por algunos barrios populares y populosos: calles muy estrechas sin aceras, ropa tendida en las ventanas, pequeños talleres de artesanos, pancartas con la invitación a votar a los comunistas (...). Me digo a mí mismo: lo que apenas he vivido, lo que hemos hecho en San Pedro, no tiene nada que ver con este mundo. No coincide ni siquiera en un milímetro. Hay un aparato de Iglesia que funciona para sí misma, sin contacto alguno con la gente»<sup>5</sup>.

## La «simpatía» hacia el mundo moderno

Al finalizar el Concilio, en su discurso de clausura, Pablo VI tomaba nota del gran cambio que se había sucedido en la Iglesia: el programa de diálogo, participación, colaboración, escucha del mundo moderno, propuesto al comienzo por Juan XXIII, se había realizado. El día anterior había dicho: «El magisterio de la Iglesia (...) ha bajado –por decirlo así– al diálogo con él (el hombre contemporáneo) y, conservando siempre su autoridad y virtud propias, ha adoptado la voz más familiar y amiga de la caridad pastoral, ha deseado hacerse oír y comprender por todos; no se ha dirigido sólo a la inteligencia especulativa, sino que ha procurado expresarse también con el estilo de la conversación corriente de hoy, a la cual, el recurso a la

*experiencia vivida y el empleo del sentimiento cordial, confieren una vivacidad más atractiva y una mayor fuerza persuasiva, ha hablado al hombre de hoy tal cual es (...). Amar al hombre –decimos–, no como instrumento, sino como el primer término hacia el supremo término trascendente»<sup>6</sup>.*

*Se pedía «el respeto hacia todos, también hacia los que están en el error o que sólo comparten una verdad de modo parcial (...); una actitud de profunda benevolencia hacia todos los valores humanos auténticos (...); una actitud acogedora hacia cualquier verdad, venga de donde venga»*

En la misma homilía había presentado como paradigma de la espiritualidad del Concilio la parábola del buen samaritano: «La antigua historia del samaritano ha sido el paradigma de la espiritualidad del Concilio». En él se ha experimentado hacia el mundo contemporáneo la misma compasión de aquel hombre bueno por el herido que yacía a la orilla del camino: «Una simpatía inmensa lo ha penetrado totalmente. El descubrimiento de las necesidades humanas (...) ha penetrado la atención de nuestro Sínodo (...). Una corriente de afecto y de admiración se ha manifestado por parte del Concilio hacia el mundo del hombre moderno»<sup>7</sup>.

Como el papa había escrito en otros lugares, el Concilio había querido pasar página respecto de un pasado antiguo y también reciente, adoptando un estilo que «contrasta en parte con la actitud que manifiestan algunas páginas de la historia de la Iglesia»; en lugar de la condena, del encierro, había optado el lenguaje «de la amistad, de la invitación al diálogo»<sup>8</sup>. Una vez más se constataba el cumplimiento de la voluntad de Juan XXIII: el recurso a la medicina de la misericordia antes que a las armas de la severidad.

## Actitud positiva hacia las culturas

Esta nueva actitud de apertura y de diálogo se manifestó de muchas maneras. Sobre todo en la valoración positiva de la cultura contemporánea que encontramos en la Constitución *Gaudium et spes*, que en el n. 57 enumera sus muchos valores, y de la sociedad en general, mostrando un gran respeto por «cuanto de verdadero, bueno y justo se encuentra en las variadísimas instituciones que el hombre ha fundado y no deja de fundar» (n.42). Dicho aprecio por muchas culturas, ya afirmado en el primer documento emanado por el Concilio, la Constitución sobre la liturgia: la adaptación a la índole y a las tradiciones de los diferentes pueblos es posible porque se reconoce su valor; la Iglesia «*respeto y promueve el genio y las cualidades peculiares de las distintas razas y pueblos*» y está dispuesta a «*tomar en consideración*» los valores positivos presentes en ellos (*Sacrosantum Concilium*, 37).

Por las culturas a las creencias, que son expresiones de las culturas: «*La Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que (...) no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres*» (*Nostra aetate*, 2; cf. *Ad gentes*, 22).

A menudo se ha advertido una cierta ingenuidad, sobre todo en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, al valorar de manera demasiado positiva la bondad de la cultura y de la sociedad contemporánea. El optimismo de los años sesenta entraría pronto en crisis. Sin embargo el concilio tenía muy presente las contradicciones de la sociedad contemporánea y no silenciaba los aspectos negativos o problemáticos (cf. *Gaudium et spes*, 56). Lo que sigue siendo fundamental es la actitud de apertura y de diálogo expresamente pretendido por los Padres conciliares: «*No la Iglesia por un lado y el mundo por*

*otro* –diría uno de ellos, el obispo Luigi Bettazzi–, *sino la Iglesia fermento del mundo, para que todos puedan caminar hacia el reino de Dios*»<sup>9</sup>. Es, una vez más, la actitud del samaritano que se hace próximo.

## La historia en la hermenéutica de la doctrina

La figura del samaritano que atiende a un miembro de un pueblo distinto del suyo, emerge nuevamente cuando se reflexiona sobre la voluntad del Vaticano II de dirigirse a la humanidad entera, superando los límites confesionales. A diferencia de los Concilios precedentes, este no se dirigió sólo a los clérigos, ni siquiera a todos los miembros de la Iglesia; tenía delante a la humanidad entera, intentaba hablar a todos los hombres de buena voluntad; los Padres conciliares los tenían en cuenta aun cuando la temática se refiriese sólo al mundo eclesial. El Concilio fue un Cenáculo, pero no con las puertas cerradas. Los Padres, como los apóstoles en Pentecostés, se vieron empujados por el sople del Espíritu más allá del Cenáculo, tomando conciencia de una relación constitutiva de la Iglesia con la sociedad contemporánea, lugar del ejercicio del mismo magisterio pastoral. El horizonte evangélico era para ellos la unidad de la familia humana en todos sus componentes.

De aquí la exigencia del discernimiento de los «*signos de los tiempos*» –nueva categoría que se convertirá en central en la metodología conciliar–, de una mirada dirigida al presente, como factor determinante del trabajo conciliar. La clave interpretativa del patrimonio cristiano no es sólo la Palabra de Dios, sino también el «mundo» para el cual esta Palabra fue dicha por el Verbo y para el cual hoy vuelve a decirlo la Iglesia. En la *Declaración sobre la libertad religiosa*, la lectura de los signos de los tiempos se presenta incluso como la perspectiva

## Unidad y Carismas

desde la cual se debería releer la tradición<sup>10</sup>. La sociedad civil y la realidad cultural en las que la Iglesia vive y obra no constituyen sólo objeto de atención, de cuidado, de evangelización, sino lugar en el que repensar el mismo mensaje evangélico, provocación para una vida más auténticamente cristiana. La historia y la experiencia entran a formar parte de la hermenéutica del mensaje cristiano. El modo de hacer pastoral deseado por Juan XXIII como nota que caracteriza al Concilio, no se considera sólo como un momento posterior a la formulación doctrinal, como su aplicación práctica, sino que es factor constitutivo de la doctrina.

Benedicto XVI ha contado en este sentido cómo el Concilio, en el que él también tomó parte cuando era un joven teólogo, les fue abriendo nuevas perspectivas, llevando la historia dentro de la propia reflexión teológica: «Sólo durante el Concilio aprendimos que todos los problemas de este mundo entran también en el trabajo de la teología: que el diálogo con las grandes visiones del mundo, incluso anticristianas, como el comunismo, es también constitutivo para un verdadero trabajo teológico; que se debe no sólo defender la posibilidad de ser cristianos, sino también mostrar que esta es la mejor elección y por lo tanto entrar en un verdadero debate con los argumentos de los otros. Esta para mí era una lección a tener en cuenta»<sup>11</sup>.

## Un lenguaje para hablar con el mundo de hoy

Para dialogar con los hombres y las mujeres de nuestro tiempo y proponerles la verdad evangélica, el Concilio debía necesariamente buscar un lenguaje adecuado, nuevas formas. De ahí el abandono del estilo técnico y jurídico característico de los Concilios precedentes y de la neo-escolástica optando por uno más evangélico, que bebe en las fuentes de la Sagrada Escritura

y de los Padres, inspirado en el diálogo con el presente<sup>12</sup>.

La necesidad y la importancia de un nuevo estilo de comunicación había sido reclamado explícitamente por Juan XXIII en el discurso de apertura: «*Es necesario que la doctrina auténtica e inmutable, que es digna de todo respeto, sea estudiada y presentada de manera que responda a las exigencias de nuestro tiempo. Una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra cosa es la forma (modus) como se expresan, pero conservando todo su sentido y fuerza. Hay que dar mucha importancia a esta forma y, si fuese necesario, habrá que insistir con paciencia, en su elaboración, recurriendo a un modo de presentar las cosas, que corresponda más al magisterio, cuyo carácter es prevalentemente pastoral*»<sup>13</sup>.

«*La Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que (...) no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres*»<sup>13</sup>

La gran innovación es sobre todo en el abandono de los estilos literarios que caracterizaron los Concilios anteriores, que, como órganos legislativos, emanaban leyes cuyas infracciones suponían justos castigos. Junto a las profesiones de fe, el género más utilizado era el decreto. El canon 1 sobre la misa, promulgado por el Concilio de Trento, por poner sólo un ejemplo, suena así: «*Si alguno dijere que en la misa no se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio, o que ser ofrecido significa simplemente que Cristo no se da en alimento, sea anatema*»<sup>14</sup>. Hay en este canon una profunda doctrina teológica, que sin embargo, el Vaticano II elige formular de otra ma-

Todo lo que la Iglesia posee se dirige en una única dirección: «servir al hombre. El hombre, en cualquier situación, en cualquier enfermedad, en cualquier necesidad».

nera: «Nuestro Salvador, en la última cena, la noche que fue traicionado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y a confiar así a su esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera» (Sacrosantum Concilium, 47).

También vemos esta actitud en el comportamiento del samaritano que se inclina sobre el hombre necesitado de ayuda. Todo lo que la Iglesia posee se dirige en una única dirección: «servir al hombre. El hombre –dice Pablo VI al término del Concilio– en cualquier situación, en cualquier enfermedad, en cualquier necesidad». Con este giro antropológico (en línea con la parábola del samaritano), se pregunta el papa pensando en la orientación teológica y cristológica que ha guiado precedentemente la vida de la Iglesia, ¿se ha desviado la mirada de la Iglesia? «Desviado, no; enderezado, sí», responde con convicción. La mirada de la Iglesia que, como la del samaritano, se ha dirigido al hombre que encuentra al borde del camino, no es una desviación, sino más bien el reconocimiento en él de Cristo y de la singularidad del amor. Puesto que esta atención a los valores humanos y temporales y esta elección programática nacen de la caridad («y donde hay caridad, recuerda el papa, allí está Dios»), ella expresa el carácter pastoral del Concilio que de este modo «se inclina sobre

el hombre y sobre la tierra, pero para elevarlo al reino de Dios»<sup>15</sup>. Esto era lo que exactamente quería transmitirnos Jesús al narrar la parábola del samaritano.

<sup>1</sup> Discurso del Papa Juan XXIII en la solemne apertura del Concilio Vaticano II, 11 de octubre 1962.

<sup>2</sup> Teilhard de Chardin, P., *Ciencia y Cristo*, Ed. Taurus, Madrid 1968, pp. 151-152.

<sup>3</sup> Cf. Balthasar, Hans Urs von, *Scheleifung der Bastionen: von der Kirche in dieser Zeit*, Editorial Einsiedelg: Johannes, cop. 1954; *Abattere I bastioni*, Borla, Torino 1966.

<sup>4</sup> El texto ha sido publicado por G. Routhier en *Mémoires de Vatican II*, Fides, Montréal 1997, pp. 93-113; cf. El estudio de Routhier, «Les réactions du Cardinal Léger à la préparation de Vatican II», *Revue d'histoire de l'Église de France*, 80 (1994) pp. 281-302.

<sup>5</sup> Y. Congar, *Diario del Concilio 1960-1963*, vol I, San Paolo, Cinisello Balsano 2005, p. 85.

<sup>6</sup> *Homilía de Pablo VI en la 9ª Sesión del Concilio*, 7 diciembre 1965.

<sup>7</sup> *Id.*

<sup>8</sup> «Linguaggio dell'amicizia e invito al dialogo: note di "stile conciliare"», en M. Vergottini (ed.), *Nel cono di luce del Concilio* (Quaderni dell'Istituto 26), Studium, Roma 2006, pp. 23-27: 24.

<sup>9</sup> A. Valli – L. Bettazzi, *Difendere il Concilio*, San Paolo, Cinicello Balsano 2008, p. 72.

<sup>10</sup> «Considerando diligentemente estas aspiraciones de los espíritus [“la exigencia de libertad en la sociedad humana mira sobre todo a los bienes del espíritu humano, principalmente a aquellos que se refieren al libre ejercicio de la religión en la sociedad”] y proponiéndose declarar su gran conformidad con la verdad y con la justicia, este Concilio Vaticano investiga a fondo la sagrada tradición y la doctrina de la Iglesia, de las cuales saca a luz cosas nuevas, coherentes siempre con las antiguas» (*Dignitatis humanae*, 1).

<sup>11</sup> Citado por A. Valli – I. Bettazzi, o.c. p. 41.

<sup>12</sup> Cf. Sartori, «Il linguaggio del Vaticano II», en *Il linguaggio teologico oggi*, Ancora, Milano 1969, pp. 233-264.

<sup>13</sup> *Discursode Juan XXIII en la inauguración solemne del Concilio Vaticano II*, 11 octubre 1962,.

<sup>14</sup> H. Denzinger – P. Hünermann, *El magisterio de la Iglesia*, nº 1751, Herder, Barcelona 1999, p. 544.

<sup>15</sup> *Homilía de Pablo VI en la 9ª Sesión del Concilio*.

# Una mina todavía abierta

*Carlos García Andrade, c.m.f.*

*La novedad del Vaticano II encuentra dificultad en convertirse en conciencia y praxis en la Iglesia a todos los niveles. Es uno de los signos de la “crisis” de la Iglesia actual y requiere la recuperación profunda de su imagen elaborada por el Concilio, para ser ella misma y para presentarse de modo creíble ante el mundo.*

**¿**QUÉ motivos nos llevan a plantear que el Concilio Vaticano II, al celebrar los 50 de su apertura, puede seguir siendo una fuente de inspiración para la teología y para la vida de la Iglesia y de los cristianos? En realidad la historia de la recepción del mensaje conciliar ha sido difícil y problemática.

### **Interpretaciones contrastantes**

A pocos años de la solemne clausura del Concilio Vaticano II, en la misma década de los 70 del siglo pasado, ya se hablaba en algunos círculos eclesiales de la necesidad de caminar hacia un Vaticano III, como si el ingente esfuerzo realizado durante el concilio pudiera considerarse ya como un producto digerido y superado. Otros, en cambio, en la década de los 80, propugnaban un replanteamiento, una corrección del rumbo. Los “excesos” del post-concilio y la

tempestuosa crisis eclesial manifestaban, según su interpretación, que la optimista apertura al mundo y a los diálogos en todos los campos, promovida por el Vaticano II había sido precipitada e ingenua y acusaban directamente a la reforma conciliar de que la Iglesia estuviera pagando un alto precio en múltiples heridas y desafíos que la desangraban. Se hablaba directamente de errores manifiestos en la aplicación del mensaje conciliar.

El entonces cardenal Ratzinger, presentaba con nitidez esta situación en su controvertido Informe sobre la fe: «El Vaticano II se encuentra hoy bajo una luz crepuscular. La corriente llamada “progresista” lo considera completamente superado, desde hace tiempo y, en consecuencia, como un hecho del pasado carente de significación en nuestro tiempo. Para la parte opuesta, la corriente “conservadora”, el Concilio es responsable de la actual decadencia de la Iglesia

católica, y se le acusa incluso de apostasía con respecto al concilio de Trento y al Vaticano I; hasta tal punto que algunos se han atrevido a pedir su anulación o una revisión tal que equivalga a una anulación»<sup>1</sup>.

Se ve que las tensiones internas, presentes y operantes durante la elaboración de los textos conciliares, se habían repetido, quizá con mayor fuerza, en el proceso de la acogida y asimilación eclesial del mensaje conciliar. El Sínodo extraordinario de 1985, al celebrar los 20 años del concilio, supuso una neta y mayoritaria confirmación de la línea conciliar, despejando un panorama bastante oscuro y barriendo el temor de una posible “restauración” pre-conciliar.

Pero en la década de los 90, de nuevo se alzaron voces autorizadas que, ante la galopante transformación de la sociedad, con la emergencia de muchos nuevos problemas, renovaban con mayor urgencia la llamada a convocar un nuevo concilio. Mientras tanto el Magisterio de la Iglesia, en particular con el beato Papa Juan Pablo II, renovaba la línea equilibrada que ha caracterizado al magisterio en medio de todos estos bandazos. Así en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, al concluir el Jubileo del 2000, señalaba que «siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza» (n. 57).

En la primera década del nuevo siglo, con la elección de Benedicto XVI, hemos visto revivir con fuerza las tendencias conservadoras que miran decididamente al pasado, que urgen la necesidad de invertir la marcha. No se habla ya sólo de errores de aplicación de la perspectiva conciliar. La descalificación es más global y, prácticamente, involucra al Concilio en su totalidad –con golpes de efecto como la restauración de la misa en latín–, haciendo una interpre-

tación muy sesgada, en beneficio de la propia posición, de la famosa distinción formulada por Benedicto XVI entre “hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura” y “hermenéutica de la reforma” (renovación en la continuidad)<sup>2</sup>.

### **Novedad indiscutible**

Parece que resulta sumamente complejo alcanzar un equilibrio en la interpretación del fenómeno más relevante de la Iglesia en el siglo pasado. Mientras tanto la generación de los padres Conciliares ha sido llamada, en su inmensa mayoría, a la casa del Padre eterno y las nuevas generaciones, tienden a contemplar el Vaticano II como un texto más de la tradición cristiana, ciertamente a tener en cuenta, como los demás concilios, pero sin percibir su significado profundo, porque, evidentemente, no han vivido y prácticamente desconocen la situación tanto de la Iglesia como de la sociedad en los años precedentes al Concilio.

Postular que el Vaticano II supuso un cambio profundo en el modo de vivir y de pensar la fe cristiana no creo que pueda denominarse sólo como una posible interpretación. Es un dato de hecho. Ciertamente puede hablarse de un “antes” y de un “después”, sin que esto quiera significar o sugerir ningún tipo de ruptura o discontinuidad. Pero los cambios fueron evidentes. Comenzando por lo más externo y perceptible (liturgia en lengua vernácula, recuperación de la centralidad de la Palabra de Dios, apertura al diálogo ecuménico, interreligioso, y con quienes carecen de convicciones religiosas, reconocimiento del derecho a la libertad religiosa, de los derechos humanos, un talante dialogante y disponible ante los problemas que laceran la humanidad de nuestro tiempo). El cambio era tan significativo que hasta quienes contemplaban la fe desde fuera se hicieron eco de esta transi-

ción. Baste recordar cómo el filósofo marxista Roger Garaudy se refería al Concilio en un libro titulado *Del anatema al diálogo*.

Pero también cabe decir lo mismo respecto de los aspectos más internos, en el plano de las ideas: de una visión jurídica de la Iglesia: “sociedad perfecta”, a una concepción teológica de la misma: Iglesia como “Misterio” y “Sacramento de unidad”; de una comprensión sólo intelectual de la Revelación a una comprensión mucho más personal (como auto-comunicación de Dios) y global (que incluye acciones, gestos, eventos, historia); de la afirmación de la potestad suprema del Sumo Pontífice (Vaticano I) al equilibrio que implicaba la colegialidad episcopal o la recuperación del valor eclesial del laicado, del sacerdocio común de los fieles y tantos otros aspectos. Tal novedad fue reconocida incluso por los observadores conciliares de las otras confesiones cristianas hermanas, con comentarios ciertamente críticos, pero fundamentalmente positivos de teólogos de la talla de O. Cullmann, W.A. Visser't Hooft, o del mismo Karl Barth (que no pudiendo ser observador por motivos de edad y salud, sin embargo estudió a fondo los documentos y visitó personalmente a Pablo VI)<sup>3</sup>.

Sin embargo hay que decir que toda esta novedad no significaba un brusco cambio de rumbo. Más bien era la maduración de tendencias que se habían ido abriendo camino, evolucionado y madurado en la conciencia cristiana más lúcida a partir del siglo anterior y que en ese momento eclosionaron y se hicieron manifiestas.

Este es un dato muy importante. Las novedades conciliares no carecen de hondas raíces. Que en no pocos casos es posible remontar a figuras como J.H. Newmann, J.A. Mohler, M.J. Scheeben o Antonio Rosmini. Por no hablar de los movimientos litúrgico, bíblico y patrístico, o la inmediatamente anterior “Nouvelle Theologie”. Bas-

tantes de ellos hubieron de sufrir el acoso de la sección más intransigente del catolicismo. Pero sus frutos maduraron en el Concilio.

Esta novedad no significaba un brusco cambio de rumbo. Más bien era la maduración de tendencias que se habían ido abriendo camino, evolucionado y madurado en la conciencia cristiana más lúcida a partir del siglo anterior y que en ese momento eclosionaron y se hicieron manifiestas.

Y si, sin lugar a dudas, en el Concilio sopló el viento del Espíritu no fue tanto para provocar la irrupción de planteamientos *ex novo*, surgidos de la nada, cuanto para hacer brotar y crecer semillas que ya llevaban tiempo germinando bajo tierra. Al igual que no puede decirse que la convocatoria del Concilio fue una “corazonada” o una “genialidad” del Juan XXIII, sino la maduración de un pensamiento que, probablemente, se remonta a sus tiempos de diplomacia vaticana. Digo que es un dato importante porque nos hace comprender que si la eclosión de estas orientaciones costó casi un siglo de espera, muchas veces sufrida y pagada, es lógico pensar que la recepción no será mucho más fácil. La pregunta es si habrá teólogos y pastores con la misma capacidad de lucidez, de paciencia, de tenacidad y de sufrimiento que tuvieron los antes citados para posibilitar que los nuevos enfoques lleguen a calar profundamente en el cuerpo eclesial.

Esto ya nos dice cuánta superficialidad subyace en quienes contemplan el Vaticano II como un acontecimiento del pasado o que se puede dar ya por superado, sería desperdiciar semillas que aún no se han desa-

rollado suficientemente o no han manifestado todas sus potencialidades.

### Unanimidad “con compromiso”

Por otra parte, es sabido que la presencia de tendencias opuestas en el seno del aula conciliar produjo –como sucede normalmente– que se buscara en los textos unas fórmulas de compromiso, para satisfacer las exigencias de la mayoría sin defraudar en exceso las de la minoría, que fue muy activa y combativa. En este sentido cabe subrayar que Pablo VI, a la búsqueda inteligente de la mayor unanimidad posible, supo ser paciente y acompasar el paso y adaptar las fórmulas teniendo muy en cuenta las exigencias de esta minoría. Quien haya leído las crónicas de las sesiones conciliares podrá comprender que en los sucesivos reenvíos de los documentos a las Comisiones para una reelaboración, latía una verdadera caridad fraterna y no se puede decir que se utilizase el “rodillo” de la mayoría para aplastar a quienes pensaban de forma distinta.

Estas “fórmulas de compromiso”, sin embargo, han conducido a una aplicación difícil de ciertas temáticas de frontera. Y en no pocos casos la han bloqueado. La confrontación entre tendencias progresistas y conservadoras se reproducía en los diversos niveles de la organización eclesial: Conferencias Episcopales, diócesis, parroquias...

Es muy complejo satisfacer al mismo tiempo a tirios y a troyanos y, en no pocos casos, la solución era posponer *sine die* el estudio del problema, también porque llamaban a la puerta otras urgencias que requerían una respuesta inmediata. Esto significa que, ciertos temas no se han desarrollado suficientemente, pero también que es necesario realizar un discernimiento y un detenido estudio, para comprender cuál era la voluntad mayoritaria del episcopado.

Hay que leer entre líneas para que los compromisos buscados no impidan acoger la novedad propuesta.

### Comunión a todos los niveles

Hasta ahora he hablado de forma muy genérica, sin aterrizar en temas concretos. Y es preciso hacerlo, de otro modo no se percibe el alcance real de lo que intento sugerir. Ante todo creo importante remitirnos a un criterio hermenéutico que fue establecido por el Sínodo de 1985 y sobre el que se impone una reflexión. En la *Relatio finalis* de dicho Sínodo, que no se tradujo en ningún documento pontificio posterior, el relator, Card. Daneels afirmó que «*la eclesiológia de comunión es la idea central y fundamental en los documentos del Concilio*»; de esta manera el Sínodo «*proponía no sólo una categoría básica de interpretación de los textos del Vaticano II, sino un programa de orientación, de renovación y de acción para la Iglesia post-conciliar*»<sup>4</sup>. Y una simple ojeada a la *Novo Millennio Ineunte* permite confirmar la vigencia de esta línea como propuesta fundamental para el nuevo milenio.

Es curioso, porque la idea de comunión no estaba muy presente en los textos conciliares, pero una vez que vio la luz, enseguida acaparó protagonismo y se puso “de moda”. Tanto que quizá algunos se cansaron pronto y la redujeron a eso, a una simple moda, algo transitorio y prescindible. De hecho llama la atención el poco eco que despertó entre los comentaristas teológicos la carta apostólica *Novo millennio ineunte* de Juan Pablo II. Sin embargo yo creo que es un aspecto decisivo para comprender tanto la crisis post-conciliar como el futuro que se diseña en el horizonte.

Buena parte del problema post-conciliar nació de la carencia de recursos para encarnar el proyecto de comunión. Porque la comunión ponía en juego una idea bastante



Se hace imprescindible una profundización en esta comunión, que sepa superar los reduccionismos y los capillismos; que logre articular ministerios y carismas de forma adecuada, para dar vida a ese cuerpo eclesial capaz de encontrar en su unidad la fuerza para afrontar la sociedad secularizada y para ofrecer un testimonio creíble a cuantos se han podido alejar de la fe.

nueva, pero de la que faltaba la experiencia (se vivía la comunión institucional, mediante la obediencia a la jerarquía, pero en el plano horizontal, tanto personal como institucional, lo que abundaba entre los católicos era la indiferencia, los celos o incluso las rencillas y luchas internas); faltaba también la teología (aún no se había producido el *boom* de los estudios trinitarios que se desarrolló a partir de la mitad de los años 80); se carecía de la espiritualidad adecuada (predominaba una espiritualidad clásica de corte individualista y aún no había calado ese estilo de espiritualidad compartida que caracteriza a los nuevos movimientos suscitados por el Espíritu).

Así las cosas, una vez más, en vez de “beber del propio pozo” a la hora de realizar la comunión, se miró hacia fuera y se tomó como punto de referencia el modelo civil democrático o las aportaciones de la psicología y la dinámica de grupos en este campo. Modelos que, aun teniendo sus propias virtudes, eran inadecuados para articular la comunión eclesial. Creo que buena parte de las tensiones, reivindicaciones y rebeldías que se vivieron en el post-concilio se debían esto. Por eso vino una ola de “comunitarismo” y de comunidad, con tantas propuestas extrañas y experiencias fracasadas.

Pero el caso es que, hoy, cuando ya se puede decir que buena parte de las carencias antes referidas se han colmado básicamente, lo que parece faltar es interés por caminar por esta vía, precisamente cuando la globalización todo lo vincula en la interdependencia y el fenómeno de la interculturalidad crece exponencialmente en las comunidades y se plantea, en todos los niveles, el reto de articular unidad con pluralidad. Probablemente, para poder desarrollar instrumentos que el Concilio sacó a la luz, pero cuyo desarrollo camina con gran dificultad como la colegialidad episcopal, o hacer eficaces estructuras como los Sínodos de los obispos (que no sea sólo un órgano consultivo, porque entonces no se diferencia mucho de los organismos curiales), o los Sínodos diocesanos (en los que se repite el mismo problema), o los Consejos presbiterales o parroquiales, se hace imprescindible una profundización en esta comunión, que sepa superar los reduccionismos (que no faltan, de tipo vertical y del contrario) y los capillismos; que logre articular ministerios y carismas de forma adecuada, para dar vida a ese cuerpo eclesial capaz de encontrar en su unidad la fuerza para afrontar la sociedad secularizada y para ofrecer un testimonio creíble a cuantos se han podido alejar de la fe.

### Acogida limitada

No faltan otros ejemplos de las novedades que el Concilio puso en primer plano y que aún no han hallado una verdadera recepción en el Pueblo de Dios. Es evidente que la Palabra de Dios ha recuperado el lugar que le correspondía, pero no basta con llenar los documentos con citas bíblicas. La vieja práctica a usar la Palabra para confirmar la propia idea (*dicta probantia*) aún está presente en muchos enfoques teológicos. Y es muy distinto articular un discurso en tor-

no a la Palabra que ilustrar un discurso, previamente elaborado, con citas bíblicas adecuadas. Aunque gracias a la “lectio divina” se está caminando en una dirección prometedora, no se ha desarrollado suficientemente una espiritualidad que se nutra directamente de la Palabra (con sus condiciones específicas), que no sólo use la palabra como trampolín para la oración o la meditación.

Es claro que la liturgia en lengua vernácula es un paso adelante que no tiene vuelta de hoja. Pero el difundirse de la nostalgia por la liturgia tradicional, que no es sino una nostalgia de la experiencia del Misterio, nos avisa de que no basta con que los textos puedan entenderse: no se ha llegado a descubrir o manifestar el sentido propiamente cristiano del misterio, que se distingue de la experiencia clásica del misterio religioso porque no dirige tanto su mirada al Trascendente que habita en el cielo, cuanto al Trascendente que, hecho hombre, habita entre nosotros si vivimos el amor recíproco. Si se ha acusado a la liturgia post-conciliar de un reduccionismo antropológico (como si no fuese más que una reunión de amigos), es porque no se ha puesto de relieve la experiencia eucarística típicamente apostólica: “lo reconocieron al partir el pan”.

Es cierto que, al menos la mayor parte de la teología, ha acogido la novedad que representa entender la revelación como historia. Pero aún se percibe una notoria fatiga a la hora de aplicar la mirada sobre el presente y la doctrina de los “signos de los tiempos” que deriva de ella. Y no me parece que haya llegado a los creyentes la conciencia de que Dios se hace presente en su propia historia y que en vez de escapar de ella para encontrarse con Dios, lo que es preciso para poderlo encontrar es entrar en profundidad en la propia historia.

El reconocimiento de los derechos humanos debe caminar en paralelo a una pra-

xis en la que la primera en satisfacer dichos derechos sea la Iglesia. Y esto, por desgracia, no siempre se da. Con frecuencia se da prioridad a otras necesidades y exigencias eclesiales (basten como ejemplo los problemas en torno a la contratación de los profesores de religión, con los que no se cumplen, en el plano de las garantías, ni los mínimos que exige la sociedad civil).

La integración del laicado en los organismos de decisión camina con excesiva lentitud y esto significa que, o no se tiene suficiente confianza en ellos (porque no se cree verdaderamente en su sacerdocio común), o bien porque se les quiere tener como “adorno” –cuota laical– para las reuniones de los eclesiásticos, que son los que toman las decisiones.

Muchos otros aspectos requerirían una profundización similar. Porque aunque se haya avanzado en los terrenos ecuménico y en el diálogo interreligioso, o en el diálogo con los que no creen, la situación es bastante desigual. Y en algunos aspectos parece bastante bloqueada. Yo tengo la impresión de que el desarrollo de una nueva evangelización, de la que todos sienten la urgencia, pasa por una aplicación más coherente y más discernida de las pautas conciliares. El éxito de una Nueva evangelización reclama, probablemente, una nueva forma de vivir y de expresar el ser Iglesia y esto, creo, depende directamente de retomar con mayor profundidad la imagen que la Iglesia ha elaborado de sí misma, precisamente en el Concilio Vaticano II.

<sup>1</sup> Card. J. Ratzinger – V. Messori, *Informe sobre la fe*, Madrid, 1985, p. 34.

<sup>2</sup> Benedicto XVI, *Discurso a la Curia romana con ocasión de la felicitación navideña*, 22/12/2005.

<sup>3</sup> Cf. Santiago Madrigal, *Vaticano II: Remembranza y actualización*, Santander, 2002, especialmente pp. 139-176.

<sup>4</sup> Cf. *Ibidem*, p. 213.

# Un concilio para la Iglesia de nuestro tiempo

*José-Damián Gaitán, o.c.d.*

*A los cincuenta años de la apertura del Concilio Vaticano II, definido por Juan Pablo II como uno de los dones más grandes que Dios ha hecho a la Iglesia del siglo XX, es importante recordar la riqueza y la novedad que este acontecimiento ha traído a la Iglesia, pero también tomar conciencia de lo que aún queda por llevar a cabo.*

**D**ESPUÉS de cincuenta años de haberse iniciado el concilio Vaticano II, este, sin duda, para muchas personas, incluso con una buena formación y compromiso cristiano, puede parecer algo que queda muy en el pasado. Entre otras cosas porque han nacido después de aquel acontecimiento. Pero es igualmente verdad que en todos estos años para muchos en la Iglesia decir “el concilio” quería significar siempre, o casi siempre, el Vaticano II.

En mis años de juventud me tocó vivir apasionadamente el concilio Vaticano II. Toda una gracia no sólo para la Iglesia en general, sino también, creo, para los que en aquellos momentos comprobábamos casi día tras día cómo la Iglesia, a través de una de sus instituciones de más alto rango, el concilio de los obispos unidos al Papa, se ponían a la escucha del Espíritu Santo para comprender, de la forma más adecuada, las urgencias que se planteaban en aquel mo-

mento a la predicación y encarnación del evangelio de Cristo.

Pero ¿qué sentido puede tener para la Iglesia de hoy lo que fue el Vaticano II? O mejor: ¿sigue teniendo hoy repercusión en la vida de la Iglesia lo que se vivió entonces y se dejó plasmado en los documentos elaborados y publicados de forma solemne en aquel momento?

### **En continuidad con el don que Dios nos hizo**

Los últimos papas, sobre todo Juan Pablo II, en diferentes ocasiones han afirmado que el Vaticano II había sido uno de los mayores dones que Dios había hecho a la Iglesia del siglo XX.

La Iglesia conciliar ciertamente no inventó nada que no estuviera ya contenido, al menos germinalmente, en las raíces más profundas de la fe cristiana. Y también hay que decir que en el concilio se plasmaron de

alguna forma inquietudes e intuiciones que venían de bastante atrás, confirmadas en muchos casos por el mismo magisterio más cercano en el tiempo a aquel acontecimiento. Pero también es verdad que otras realidades se comprendieron con matices de alguna manera nuevos, o como intuyendo nuevos aspectos y perspectivas en la fe de siempre.

Por otra parte, esa misma Iglesia no se ha quedado en los años del concilio Vaticano II. Aunque algunos sueñen con aquellos años y, en parte, los idealicen, gracias a Dios se ha seguido caminando y progresando en la comprensión y encarnación de la fe. Y, por lo mismo, de las cosas que entonces se vieron como útiles y necesarias para la vida de la comunidad cristiana, en general, y de todos y cada uno de los cristianos, en particular. Pero, dicho esto, hay que afirmar también que la Iglesia de después del Vaticano II, es decir la nuestra, la del inicio del tercer milenio, tiene mucho que ver con lo que allí sucedió.

### Algunos ejemplos

La constitución sobre la Sagrada Liturgia (*Sacrosanctum concilium*) fue el primer documento conciliar que se aprobó (1963). Bastante pronto suscitó recelos por parte de algunos grupos dentro de la Iglesia. Y mucho más cuando las ideas esbozadas en dicha constitución se fueron desarrollando y completando. Hoy la Iglesia católica normalmente sigue en sus celebraciones litúrgicas lo que nació de aquellas directrices, aunque quizá no se haya acertado completamente en todo cuanto se ha hecho a este respecto. Pero no cabe duda de que la liturgia de la Iglesia católica, sobre todo la de rito latino, se ha enriquecido mucho a partir del concilio.

La centralidad y el mayor acercamiento a la Palabra de Dios por parte de todos en la Iglesia, del que gozamos hoy, fue otro de los grandes impulsos dados por el concilio, tan-

to por su mayor inclusión en las celebraciones litúrgicas, como por lo que respecta a la lectura y conocimiento de la misma por parte de todos y cada uno de los fieles cristianos. En todo esto ha sido decisiva, de modo particular, la constitución *Dei verbum* sobre la revelación cristiana. Una constitución que recientemente ha encontrado su confirmación y ulterior desarrollo en la exhortación apostólica de Benedicto XVI *Verbum domini* (2010).

Que dicho acercamiento se haya quedado en muchos casos en simple conocimiento, y que no haya fecundado la vida cristiana todo lo que hubiera sido deseable, no es cosa que, en todo caso, se pueda achacar al Vaticano II.

Si pasamos ahora a otros documentos fundamentales, como la *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, o la *Gaudium et spes*, sobre la relación Iglesia-mundo, es clara la importancia que ambos siguen teniendo, no sólo en la teoría, sino también en la praxis de la Iglesia.

Sin duda el primero de los dos documentos citados, la constitución sobre la Iglesia, delineó muy claramente una visión de la misma llena de repercusiones prácticas: Una Iglesia enriquecida por el Espíritu Santo con «dones jerárquicos y carismáticos» (LG 4, 7, 12), formada por personas de distintas vocaciones y estados de vida, todos ellos llamados a la plenitud de la vida cristiana, es decir, a la santidad. Y no cada uno por su parte, independientemente de los demás, sino formando un mismo pueblo de Dios, un mismo Cuerpo de Cristo. De ahí surgió todo un discurso renovado sobre la visión de la Iglesia; en la que tienen un puesto importante no sólo la jerarquía o la vida religiosa, sino también todos los laicos en cuanto tales. De ahí también se han seguido otros planteamientos muy importantes para la vida de los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio, visto como camino de santidad.

Algo parecido se diga respecto de los laicos en su vida de familia y de trabajo en la sociedad; y sobre el valor de los nuevos carismas que han nacido en el mundo de los laicos en estos últimos tiempos, con vocación de permanecer fundamentalmente dentro de dicho ámbito.

Hasta el concilio la vida religiosa y consagrada era la que se consideraba fundamentalmente como el gran camino de santidad e incluso de compromiso en el mundo para hacerlo más según el evangelio. Y también la poseedora casi exclusiva de la dimensión carismática de la Iglesia. Recuérdese a este propósito la cuestión del estado o estados de perfección, que se superó sólo cuando el concilio decidió hablar de una llamada universal a la santidad: la misma e idéntica en todos los estados de vida y profesiones (LG 40-41).

En estos años, por otra parte, se ha profundizado mucho en la idea conciliar de la vinculación de las distintas formas de vida consagrada al carisma de los orígenes propios, y en el necesario diálogo entre carismas; sin olvidar el diálogo entre los carismas más antiguos y los más nuevos. Porque ciertamente el Espíritu Santo sigue mandando carismas a la Iglesia para ser encarnados en nuevas o renovadas formas de vida consagrada, pero también para ser vividos por amplios grupos de personas en toda la Iglesia; lo que se pone de relieve sobre todo en el caso de algunos de estos nuevos carismas que se sienten fundamentalmente laicales por la condición laica de su fundador y de la mayoría de sus miembros. Algo, por otra parte, que es un signo de la vocación y sentido universal de esos mismos carismas dentro de la Iglesia.

Volvamos ahora de nuevo al documento *Gaudium et spes* arriba mencionado. Hay que decir que nadie puede negar hoy día su gran valor, no sólo para impulsar a la Iglesia por la senda del diálogo con el mundo de nuestro tiempo, de cada tiempo, sino también

para despertar la preocupación y la colaboración en la marcha de todas las realidades temporales y de este mundo desde los criterios evangélicos y el espíritu de las bienaventuranzas. Algunos han acusado o criticado este documento de ser excesivamente optimista. A ello habría que decir, en mi opinión, que no es malo compartir algo del optimismo de Dios sobre la humanidad. Y que no se puede ignorar que en la *Gaudium et spes* se habla también del pecado y del misterio pascual de muerte y resurrección con Cristo, imprescindible para poder construir este mundo según Dios (GS 37-39).

Otros documentos importantes del Vaticano II han sido posibles, a mi parecer, gracias a los planteamientos madurados y expuestos en la *Gaudium et spes* sobre la relación de la Iglesia con el mundo, al que se sabe enviada por Dios como instrumento de su amor concreto y salvador. Así, por ejemplo, todo lo que podemos encontrar en otros documentos de ese mismo concilio sobre el ecumenismo o diálogo con las otras iglesias y comunidades cristianas (*Unitatis redintegratio*), o sobre el diálogo con otras confesiones religiosas (*Nostra aetate*), o sobre el respeto a la libertad religiosa o de conciencia (*Dignitatis humanae*), que posibilita en este momento el diálogo entre creyentes y gentes sin un pensamiento religioso definido. Ciertamente algunos piensan que abrir todas estas puertas fue un gran error del Vaticano II, pero, para la mayoría de los padres conciliares aquello era lo que el Espíritu sugería a la Iglesia para ese momento y para los años venideros. Por lo demás, sin olvidar los años de Pablo VI como Papa, cabría preguntarse: ¿es que sería posible entender lo que fue el pontificado de Juan Pablo II y ahora los del mismo Benedicto XVI prescindiendo de las realidades que he recordado, y que impulsó el Vaticano II?

Por último, no quiero acabar este punto sin hacer referencia a otros dos documentos conciliares: el decreto *Ad gentes*, sobre la di-

mención misionera de la Iglesia y de todos dentro de ella, y el decreto *Apostolicam actuositatem*, sobre la llamada universal al apostolado, incluidos los laicos. En estos últimos años se ha venido hablando mucho de evangelización y de nueva evangelización, pero no sé hasta qué punto todo ese discurso hubiera sido posible en este momento sin la aportación previa de los dos documentos apenas citados.

### El éxito y el misterio de la cruz

Para algunos, el actual clima de secularización que se respira en países y continentes de antigua civilización cristiana, es fruto, sin duda, de lo que se decidió e impulsó en el Vaticano II. Como ya se ha recordado varias veces con ocasión del cincuenta aniversario del mismo, hay que decir a este propósito que el proceso de descristianización en esos países había comenzado ya muchas décadas antes. Y que lo que se buscó, en el fondo, con la celebración conciliar fue impulsar un movimiento de verdadera renovación interior y exterior de la Iglesia, para que fuera aquella que Dios quería en ese momento. El mismo Juan Pablo II, cuando todavía era sólo el cardenal K. Wojtyla, publicó en 1972 una interesante obra sobre este tema, que tituló: *La renovación en sus fuentes: sobre la aplicación del concilio Vaticano II* (traducida al español en 1982).

En todo caso quizá sí puede que haya faltado subrayar, mucho más de lo que se hizo entonces, la centralidad de la cruz y del Crucificado en todo ese inmenso e importante proceso de renovación de la Iglesia. Como recordó J. Ratzinger en una conferencia en 1966 al *Katolikentag* de la Iglesia católica alemana, cuyo título fue *El catolicismo después del Concilio*, este, afirmó, no se había convocado para anular el escándalo de la cruz en nuestro mundo, ni tal cosa se había pretendido en ningún momento.

La fe cristiana nos indica con claridad que la meta es, ciertamente, la resurrección y la vida nueva, fruto sobre todo de la acción del Espíritu, aunque no sin nuestra entrega y colaboración generosa. Pero sin olvidar que a esa meta se llega sólo a través de la puerta de la cruz y de la muerte de Cristo y con Cristo. Este es, a mi parecer, un criterio decisivo para analizar la historia de la Iglesia en estas décadas, y para comprender mejor, de alguna manera, lo que se ha vivido en estos años. El éxito mayor o menor de lo que se propuso en el concilio ha dependido, en mi opinión, de la mayor o menor capacidad que se ha tenido en cada caso para captar la centralidad del misterio de Cristo Crucificado en la vida de la Iglesia y en su tarea en este mundo.

Por lo demás, una cosa está bien clara. Que, a pesar del ambiente secularizado y descristianizado que se respira en muchos lugares del llamado primer mundo, el Señor nos ha seguido regalando hermanos, en todos los estados de vida y vocaciones, que han acogido su llamada a dar un sentido más profundo a su propia vida cristiana en formas muy explícitas de entrega generosa al anuncio y construcción del Reino de Dios, incluso hasta el martirio. Todo lo cual no se puede hacer sin una profunda elección de Cristo, y este Crucificado. Y, de hecho, en estas décadas ha habido muchos cristianos que han sabido ver y abrazar como Cristo y con Cristo Crucificado las realidades de nuestro tiempo, y luchar para construir cada día un mundo que se corresponda más al sueño de Dios respecto de la humanidad. Toda ella está llamada a transformarse en un ámbito de verdadera y sincera comunión con Dios y entre los hombres. Una comunión que no suprime las ulteriores diferencias y distinciones, tanto las más connaturales a cada hombre como las impuestas desde fuera, sino que las ve como posibilidades para un mayor y más rico intercambio de dones.

# Una *experientia fidei* siempre renovada

*Alessandro Clemenzia, c.o.*

*El Concilio no puede ser considerado como un hecho sólo del pasado, sino que se ha de revivir siempre en sus dos aspectos fundamentales: la apertura al otro y la comunión trinitaria como fluir de Dios en nosotros y entre nosotros.*

**M**E han preguntado: ¿Qué es para ti, que eres un joven teólogo, el Concilio? ¿Qué lugar ocupa en tu investigación, en tu enseñanza y en tu vida? Voy a tratar de responder brevemente a estas preguntas, que considero tan importantes como delicadas, sobre todo en el contexto actual del cincuentenario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II (en el que han reaparecido de un modo poco silencioso las diversas polémicas interpretativas que ya surgieron en el inmediato posconcilio). Quisiera ofrecer no una línea interpretativa mía, sino las razones del corazón que me impulsan a mirar con atención y agradecimiento, todavía hoy, un acontecimiento abierto y quizá nunca cerrado.

Para bien o para mal soy un hijo de este tiempo. Los verdaderos ideales, los deseos y las aspiraciones que todavía afloran entre los “jóvenes de hoy” son de algún modo los míos; y esto no debe interpretarse en modo alguno como un supuesto intento de un religioso que con ese lenguaje trata de despertar la curiosidad del mundo juvenil. Soy un joven sacerdote de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, y me siento radical-

mente hijo de la historia en la que vivo, hijo y al mismo tiempo protagonista, porque la historia no es sólo madre en cuanto generadora del presente, sino que también es espacio respirable, recorrible y habitable, que nos lleva drásticamente adelante, dejándonos siempre libres de volver la vista atrás.

La historia se hace viva y pide ser vivida plenamente solo en el hoy. Mirar hacia atrás a veces se plantea como una exigencia, pero nunca falta alguien que nos recuerde que la única historia vivible es la presente. En esta lógica, me hago la pregunta de “qué dice el Vaticano [pasado] a mi vida [presente]”, y es sobre lo que quiero reflexionar ahora.

### **La Iglesia se pregunta**

El Vaticano II es ciertamente un evento que ha “caracterizado” a la Iglesia, en el sentido fuerte del término, como “imprimir un carácter”, a partir de aquel momento histórico en el que “sucedió”. Añadiría, de modo provocativo, que este Concilio es parte del recorrido eclesial a través de los siglos que puede describirse, naturalmente en sentido positivo, como la inevitabilidad de una realidad que siempre está llamada a

confrontarse con el contexto en el que está inserta.

El Vaticano II “es” la Iglesia que se interroga, se ausculta (modo reflexivo), para escrutar los signos de los tiempos y para saber entrar en diálogo con el mundo. Es interesante esta lógica: la Iglesia, para conocer su naturaleza, ha tenido que vérselas con el mundo en el que está inserta, y esto no porque tenga que considerarse “otra” o, aún peor, extraña a la realidad, sino porque en la encarnación, Dios se ha hecho historia. Por un lado, la Iglesia, reflexionando sobre sí misma, ha tenido que vérselas con todo lo que aparecía radicalmente diferente de ella misma; por otro, para escrutar los signos de los tiempos en los que vive, ha tenido que indagar y escrutar el sentido primigenio y último de su ser. En ambos movimientos, diametralmente opuestos, se ha descubierto como espacio habitable –y por tanto, “vacío”–, dentro del cual se realiza el encuentro entre Dios y el hombre. Una *Ecclēsia* que, por una reencontrada estabilidad interna y por un reforzamiento de su identidad, se abre a la circunstancia externa; no se pierde en lo superficial o en lo cotidiano, sino que se hace plenamente humana sin por eso contaminar aquello otro que le pertenece y la distingue.

Ciertamente, el Vaticano II no se puede considerar en absoluto el primer intento de la Iglesia de autocomprenderse en relación al mundo (en cuyo caso sería como afirmar que la Iglesia no ha sido verdaderamente tal hasta la segunda mitad del siglo xx, cosa que la historia niega). Con todo, lo que más interés y conmoción me suscita es que esta apertura eclesial a la alteridad haya sucedido en ese preciso momento histórico: cuando “ese otro mundo, distinto de mí”, de modo muy sutil y sorprendente, asustaba, intimidaba, resistía.

### Apertura al otro (distinto de mí)

A mi parecer, la cuestión está no en verificar la mayor o menor originalidad de lo que

sucedió con el Concilio, sino en preguntarse si nosotros, hoy, estamos dentro de esta lógica existencial, es decir si somos verdaderamente “Iglesia”. Esta pregunta puede parecer superflua y abstracta, pero, sin embargo, llama a cada sujeto eclesial a revivir un evento ya acaecido: si, de hecho, yo no hago realidad en el hoy esta tensión concreta de apertura hacia lo que es radicalmente diferente de mí y no la acojo como “nueva” (no como simple recuerdo), entonces apago la vitalidad de dicho evento, deshumanizo la realidad de la que formo parte (la Iglesia) y, perdiendo lo humano, pierdo también todo lo divino.

El modo con que me relaciono personalmente con el otro (sea quien sea ese “otro”), como el “padre” con el hijo o el profesor y el estudiante, será ocasión de verificación para comprender dónde me estoy situado, es decir, dentro o fuera de la auto-comprensión eclesial del siglo XXI.

Como escribe en relación al Concilio Benedicto XVI en el *Motu proprio Porta fidei*, citando a Juan Pablo II, es «*la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XXI*» (n. 5). Si no se entra en esta gracia ofrecida a la humanidad, con la libertad intelectual de quien no se deja condicionar por cualquier corsé ideológico, se corre el riesgo de dejar morir una realidad que puede darse únicamente en el momento en el que se hace propia.

### Comunión trinitaria

La belleza de los textos conciliares, más allá de los contenidos tan profundos y enriquecedores de los que uno no se cansa nunca de aprender, me sugiere otra reflexión como respuesta a la pregunta: “¿Qué es el Concilio para ti?”. Aquello a lo que me refiero no es algo “exclusivo” del Vaticano II, aunque es lo que más lo ha caracterizado, convirtiéndolo en un acontecimiento siempre actuable. Para expresar esto mejor, quisiera citar un texto largo pero que, por su contenido, vale la pena ser citado:



«También los Santos Padres, a lo largo de los siglos, se reunieron en los cuatro santos concilios, y, siguiendo los ejemplos de los antiguos, tomaron juntos las decisiones relativas a las herejías que habían surgido y a otras cuestiones, teniendo por cierto que en las discusiones comunes, cuando se afrontan problemas que afectan a una u otra parte, la luz de la verdad disuelve las tinieblas de la mentira. En las discusiones sobre la fe hechas en común no es posible que la verdad se manifieste de otro modo; porque cada uno tiene necesidad de la ayuda de su prójimo, como afirma Salomón en sus Proverbios: “El hermano que ayuda a su hermano será exaltado como una ciudad fortificada, y está firme como un reino de sólidos cimientos” (Pr 18, 19). Añade también en el Eclesiastés: “Más valen dos que uno solo, pues obtienen mayor ganancia de su esfuerzo” (Ecl 4, 9). Por otra parte, el mismo Señor dice: “En verdad os digo: si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, mi Padre que está en los cielos os lo concederá. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos” (Mt 18, 19)» (*Conciliarum oecumenicorum decreta*, Herder, Freiburg 1962, p. 84).

Son palabras actualísimas, aunque fueron escritas por los padres conciliares reunidos en 553 para el quinto concilio de todas las Iglesias: el II Concilio de Constantinopla. Se trata de personas que, en la duda, desearon alcanzar un pensamiento compartido (en singular). No es un singular que brota de la prevalencia de una reflexión fuerte sobre una débil, o una fórmula sintética que de algún modo logra contentar a muchos; es un singular que nace del plural, es un pensar que brota del diálogo con “otros”. Por tanto, se va más allá de la interpretación simplista que deduce de cuanto se ha afirmado, que una mejor actuación del fin deseado se obtiene en el momento en que no se está solos. Lo que emerge del texto citado se mueve en otra lógica: sólo por el deseo común, presente en cada uno de los reunidos, de llegar a conocer

lo que es bueno, hermoso y verdadero (búqueda vivida en la reciprocidad), se puede hacer que emerja entre ellos “el pensamiento” (en singular) de Aquel que solo es el hermoso, el verdadero y el bueno.

Esta lógica, que ciertamente animó a aquellos cristianos en el 553 y quién sabe en cuántos otros eventos de la historia de la Iglesia, también estaba presente en el Vaticano II, en donde se pidió mirar e interpretar la realidad externa a la Iglesia desde una visión compartida intra-eclesial que puede sintetizarse en la palabra “comunión”. Comunión en el sentido más profundo del término, que halla en Dios su principio de existencia (de hecho, la comunión entre las Tres personas de la Trinidad no puede interpretarse como “buen ejemplo” de un modo particular de actuar; por el contrario, la comunión eclesial, si es verdadera, es lo que en lo humano hace que fluya la vida divina, Dios mismo). Pero también en este caso, como en el primer elemento que he subrayado, si yo no hago que acontezca todo esto y no estoy dispuesto a acogerlo en mi vida como “nuevo”, entonces todo se queda en historia transcurrida y, por consiguiente, pasada.

Así pues, dos son los aspectos del Vaticano II que me interpelan existencialmente. El primero, la apertura al otro porque sólo en ella comprendo y realizo mi ser; el segundo, el valor de la dimensión de comunión no sólo como modelo eclesial, sino sobre todo como forma del pensamiento y del conocer, por lo que únicamente en el espacio antropológico vivido “con y para los otros” puedo hacer que suceda la Verdad (siempre en singular) que cada uno busca. El valor de estos dos puntos lo confiere, objetivamente, el contexto actual en el que vivimos, y, subjetivamente, el buen sentido que ordena mi jornada cada vez que se me presenta un “tú” cualquiera, tal vez el más molesto e inoportuno, o, dicho en términos más apropiados, el radicalmente distinto de mí.

# Mujeres en el Concilio. ¿“presencia simbólica”?

*Gracia Paris, s.d.c.*

*La presencia de 23 mujeres en el Concilio Vaticano II fue definida por muchos como algo puramente “simbólico”, no sólo por el número tan exiguo, sino también por el papel que les fue encomendado. Pero la presencia de las mujeres también fue una presencia simbólica en el sentido etimológico de la palabra al enriquecer a la Iglesia con nuevas perspectivas, abriendo a una nueva visión sobre el rol de la mujer en ella.*

**D**URANTE estos meses, un buen número de revistas han publicado artículos sobre la presencia de las mujeres en el Concilio Vaticano II, y en muchos de ellos se define a esta presencia como “simbólica”. Evidentemente, este adjetivo es interpretado en un sentido cuantitativo, sinónimo de muy pocas, de muy reducido número, de algo insignificante y apenas perceptible.

Efectivamente, en el Concilio sólo había 23 mujeres jentre los 2.778 participantes! Pero también podría entenderse esta presencia “simbólica” en sentido etimológico, y así se trataría de una presencia muy significativa, precisamente porque era portadora de un método, que iba más allá de la simple contraposición dialéctica, con el que estas 23 mujeres asistían desde el minúsculo es-

pacio que ocupaban en el Concilio. Esta presencia en realidad era signo visible para el mundo entero de que no se podía penetrar enteramente la verdad de la fe católica sin la complementariedad a ese método “simbólico” del que era portadora la otra mitad “simbólica” huésped de la solemne asamblea conciliar.

Aquellos 2.778 obispos seguramente no imaginaban que aquel exiguo número de mujeres pudiera ser la verdadera novedad, que aquel brote era preanuncio de una planta que, gracias a aquella pequeñísima semilla, sin duda evangélica, se extendería de tal modo que ocupara todo el tiempo futuro. Aquellas 23 mujeres eran como las primeras luces del alba que anunciaban la inevitable llegada de la luz del día en la Iglesia. De hecho, desde entonces la Igle-

sia no ha podido dejar de hacer espacio a las mujeres, y lo hará aún más, en la medida en que los momentos del alba transformada en aurora den lugar a la luz plena del sol contra el cual inútilmente tratarán de resistir las tinieblas que, como ya había dicho Juan en el prólogo de su Evangelio, están inevitablemente avocadas a la derrota. Los Documentos postconciliares del Magisterio católico, y más aún el espacio que, aunque con extrema lentitud, están adquiriendo las mujeres -no sólo en la reflexión bíblica, teológica, litúrgica, patristica y, sobre todo, pastoral, en la Iglesia, sino incluso en importantes niveles institucionales- son la confirmación evidente ante el mundo entero. Se podrá dar alguna resistencia acá y allá, frente a esta progresiva victoria de la luz, pero se trata sólo de nubes aún no suficientemente salpicadas por la luz del sol que antes o después las alcanzará. No se trata de un simple deseo, sino de una fuerza irresistible que tiene de su parte el Evangelio y la plena manifestación de su verdad.

Los Padres conciliares tal vez no eran conscientes de la carga “profética” que se estaba liberando en la Iglesia gracias a la presencia de aquel pequeño grupo de mujeres simples “espectadoras”. Ni acaso comprendían que eran precisamente sus invitados quienes asistían a un espectáculo que el mismo Espíritu Santo estaba inventando, para hacer a la Iglesia más bella, justamente a través de la presencia de aquellas mujeres realmente privilegiadas.

Acercándonos a las biografías de cada una de las participantes, tanto laicas como religiosas, nos damos cuenta que se trató de una elección bastante significativa por la cualidad extraordinaria de cada una de ellas, porque no representaban solamente la internacionalidad y a una innumerable cantidad de personas, sino que expresaban también los dones de pensamiento y de ca-

pacidad directiva y pastoral que las cualificaban. Mujeres de acción, creativas, de amplias perspectivas, comprometidas en encuentros ecuménicos, en la defensa de los derechos humanos, y sobre todo con una extraordinaria experiencia pastoral. Se trataba de mujeres que entendían que había que empujar a las demás para no conformarse con permanecer en la pasividad, en la subordinación silenciosa, sino asumir como propias todas las responsabilidades que pueden ser útiles para el testimonio creíble del Evangelio de Cristo en cualquier situación humana, poniendo en primer lugar la formación humana y teológica en particular, a la luz de la Palabra de Dios, descubriendo la centralidad de la doble mesa de la Palabra y del Pan, para ser levadura eficaz en la masa de la gente de todos los continentes a donde, con sus misiones entusiastas y generosas, habían llevado la hermosa noticia del Evangelio.

Mujeres de amplitud de miras verdaderamente grande, capaces de dar vida en sus Institutos, y también fuera de ellos, a Escuelas de formación teológica, bíblica, espiritual y pastoral con la fuerza y el entusiasmo de quien sabe, y lo demuestra a todos con hechos, en quienes siempre habían esperado. De hecho precisamente a las 10 religiosas presente en el Sacrosanto Concilio (las otras 13 eran laicas) debemos el impulso de la renovación de la vida religiosa, con la caracterización (originalidad) de los nuevos senderos que hay que recorrer y con propuestas concretas de reforma (novedad, innovación) que llevaría a millares de religiosas a buscar nuevos métodos y nuevas formas que les proporcionaría un compromiso apostólico de evangelización más eficaz. Todo esto en el descubrimiento del propio carisma original y de la misteriosa llamada a seguir a Jesús con generosidad y autenticidad en la sublime radicalidad evangélica.

Si todo esto pudo suceder, hay que agradecerlo a la clarividencia, la sabiduría y la apertura mental de algunos cardenales, entre ellos el Card. Suenens, que, durante la II Sesión, el 22 de octubre de 1963, propuso invitar a las mujeres como auditoras del Concilio, subrayando con sutil ironía delante de todos los Padres Conciliares: «¡Me parece que las mujeres constituyen el 50% de la humanidad!» y añadiendo que las religiosas eran más de un millón en la Iglesia.

Se dice que hubo aplausos, pero que los temores fueron aún más fuertes, enrocados en las palabras de Pablo, que, hijo de su tiempo, había declarado: «La mujeres callen en la asamblea». La reclusión de las mujeres a la pasividad era normalmente aceptada, sin escuchar obviamente a las interesadas, como lo más conveniente para las mujeres mismas, a pesar de que espíritus iluminados como Dom Elder Camara pudo prometer en su Diario: «La idea que defenderemos en el Ecuménico, si Dios quiere, será la de convocar, al menos para la tercera sesión, a las religiosas (...) son una fuerza potente de dedicación a la Iglesia y al prójimo». Efectivamente, Pablo VI debió proceder con extrema cautela, y sólo el 8 de septiembre de 1964 estuvo en grado de anunciar la participación de las mujeres en las solemnes sesiones conciliares.

Y el afable Albino Luciani, Obispo de Vittorio Veneto y futuro papa Juan Pablo I, declaró en el *Avvenire d'Italia* de octubre de 1964 su satisfacción «sobre la presencia de las auditoras en el Concilio», acentuando que a su parecer «*San Pablo aquella prohibición de hablar la dio sólo a las mujeres de Corinto y para aquel determinado momento*».

Esto no obstante, la participación de estas 23 mujeres, de extraordinaria estatura humana, cultural, y sobre todo espiritual, fue limitada a las comisiones. En las Asambleas generales, sin embargo, a pesar

de repetidos intentos, nunca se escucharon sus voces.

Sobre los compromisos que se debieron conseguir entonces queda un dato: estas mujeres, en la redacción concreta de los últimos Documentos conciliares, aportaron realmente enriquecimientos de los cuales se derivarían consecuencias extraordinarias

Los Padres conciliares tal vez no eran conscientes de la carga “profética” que se estaba liberando en la Iglesia gracias a la presencia de aquel pequeño grupo de mujeres simples “espectadoras”. Ni acaso comprendían que eran precisamente sus invitados quienes asistían a un espectáculo que el mismo Espíritu Santo estaba inventando, para hacer a la Iglesia más bella, justamente a través de la presencia de aquellas mujeres realmente privilegiadas.

para la vida de la Iglesia, en línea con la apertura de nuevos espacios de responsabilidad y de participación.

Entre otros, un ejemplo: el acceso de las mujeres a los estudios teológicos, con la consiguiente posibilidad de participar, como “mujeres”, en la elaboración y transmisión de la teología, de los estudios bíblicos, de la historia de la Iglesia, de la espiritualidad, de la pastoral, con consiguiente eliminación de velos seculares que una censura machista, y a veces misógina, había puesto en la elaboración de la historia de la Iglesia, de la Teología, de la Espiritualidad y en la interpretación de la Biblia.

El Concilio «*ha restituido a las mujeres el acceso directo a la Palabra de Dios*». ¡Un don inestimable! ¡Todo lo demás ha venido y seguirá viviendo como consecuencia!

# La audacia del cambio

*Paolo Monaco, s.j.*

*Celebrar el Concilio significa tomar en serio la eclesiología de comunión y comenzar verdaderamente a reformar cada aspecto de la vida de la Iglesia. Es lo que espera la familia humana: ver en la Iglesia el reflejo de su belleza.*

1978. Entro en una iglesia donde están expuestos, no recuerdo con qué motivo, una serie de libros. Mi padre me pregunta si quiero comprar uno. Le respondo: los documentos del Concilio Vaticano II. Tenía 16 años, pues nací en junio de 1962. Extraña elección para un adolescente, ¿verdad?

En aquel tiempo había encontrado un grupo de jóvenes que, al margen de las parroquias y con la ayuda de dos jesuitas y algunas religiosas franciscanas, trataba de vivir el Evangelio y comprender de un modo nuevo la fe cristiana. Todos habíamos hecho el catecismo, pero la vida de la Palabra nos empujaba a «*dar razón de nuestra esperanza*» (Cf. *1Pe* 3, 15). Las respuestas aprendidas de niños no eran suficientes. Así, por la noche, antes de dormir, dedicaba algún tiempo a la lectura de los documentos conciliares. Todos. Con gran sorpresa mía, entendía en cierto modo lo que iba leyendo. Quizá era el Evangelio vivido, y vivido juntamente con los otros, lo que desde dentro iluminaba las palabras del Concilio.

1988. Comienzo el estudio de la teología. Me imagino que el Vaticano II será el punto de partida y la referencia principal, pero quedo desilusionado. Los textos son citados y presentados para nuestra lectura, pero no hay señales de una investigación teológica que parta de la eclesiología de comunión. Son raras las ocasiones en las que escuchamos y dialogamos con los grandes teólogos del Concilio. La teología que debo aprender me parece extraña, sirve para preparar los exámenes, pero no me ayuda a vivir en mi tiempo, a dialogar con los hombres y las mujeres que encuentro cada día, a entender lo que sucede en la historia que vivo. Gracias a Dios que tengo la posibilidad de nutrir mi mente con otras lecturas.

### **A cincuenta años del Concilio**

2012. Un sacerdote al que recibo para un curso de ejercicios espirituales, me dice: «*Hace un año que fui ordenado y en seguida fui nombrado párroco. Me estoy dando cuenta que*

*todo lo que he vivido y estudiado en el seminario no me sirve. He celebrado 40 funerales y 5 bautismos y estoy desmoralizado».* Me produce compasión. Pasar de la formación a la realidad es una etapa humana y espiritual dura para todos. Pero comprendo su sufrimien-

La noche colectiva, cultural y espiritual, que todos, creyentes de cualquier fe y convicción, experimentamos en nuestra piel y en nuestra alma ¿no es un signo de los tiempos?, ¿no es un paso necesario para el camino que el Evangelio debe realizar para encarnarse en la cultura europea, para que de ese profundo diálogo nazca una nueva cultura y una “nueva evangelización”?

to. Porque es el mío. Han pasado cincuenta años del Concilio, hace poco he cumplido 50 años, soy sacerdote hace 18, pensaba ver una Iglesia renovada... y en cambio me parece respirar cada vez más intenso un aire de restauración. La cultura clerical de una visión piramidal de la Iglesia está todavía ahí, casi intacta, y la comunión y el diálogo parecen los grandes ausentes y son reclusos a ámbitos cada vez más restringidos.

Me pregunto: ¿Cómo es posible en Europa, a pesar del compromiso de la comunidad eclesial, la fe cristiana es ya casi marginal? ¿Cómo leer la situación actual de crisis del cristianismo, al menos en occidente, a la luz del Vaticano II? ¿Cómo continuar poniendo en práctica las orientaciones del Concilio?

### El Dios de nuestro tiempo

La noche colectiva, cultural y espiritual, que todos, creyentes de cualquier fe y convicción, experimentamos en nuestra piel y en nuestra alma ¿no es un signo de los tiem-

pos?, ¿no es un paso necesario para el camino que el Evangelio debe realizar para encarnarse en la cultura europea, para que de ese profundo diálogo nazca una nueva cultura y una “nueva evangelización”? ¿O más bien se trata solamente de un rechazo de la fe por parte de una sociedad secularizada a la que hay que responder reafirmando la “potencia” sacra y cultural de la fe, la “fuerza” de la identidad cristiana y de la pertenencia eclesial?

¿Hemos de vivir esta “ausencia de Dios” como un don, misterioso, de parte de Aquel que quiere hacerse encontrar allí donde en apariencia parece no-estar? Hacer nuestros los interrogantes del mundo de hoy, ¿significará tal vez experimentar la soledad radical de quien está “sin Dios”, perdiendo, porque se da a otro, “nuestra” identidad para recuperarla nueva y renovada?

El Dios abandonado es «*el Dios de nuestro tiempo*», decía Chiara Lubich. Jesús, que sobre la cruz experimenta la lejanía del Padre, es un Dios difícil de creer. Sin embargo María creyó, y sigue creyendo, en el Dios Abandonado. Un Dios que cree en el momento de la separación y, perdiendo su identidad de Hijo, se engendra a sí mismo y a todos sus hermanos a una nueva relación de comunión con el Padre. Y le entrega a la Desolada (Iglesia) que, perdiendo a su vez a su Hijo, lo recibe de nuevo en ella, no ya como persona individual, sino como Cuerpo colectivo: humanidad redimida y en ella la Iglesia como signo y sacramento de unidad.

El Dios abandonado nos revela una vorágine de amor recíproco, consumado en la Trinidad y en María, que genera la Unidad. El Padre, de hecho, es el primero que quiere perder a su Hijo para re-encontrarlo en la Humanidad (María). Y todo esto sucede en el Espíritu que se deja enviar por el Padre y por el Hijo a la Humanidad, a fin de que ella sea capaz de engendrar a Dios

en la historia y sobre la tierra, aquí “*en medio de nosotros*” (cf. Mt 18, 20).

## La Iglesia de Cristo

Escribe Chiara Lubich: «Cristo es la semilla. El Cuerpo místico es la copa. Cristo es el Padre del árbol: nunca ha sido tan verdaderamente Padre como en el abandono, donde nos engendró como hijos suyos, en el abandono, donde se anula a sí mismo pero sigue diciendo: Dios. El Padre es la raíz del Hijo. El Hijo es la semilla de los hermanos. Y fue la Desolada quien, como corredentora, en tácito consentimiento a ser Madre de otros hijos, arrojó esta semilla en el Cielo y el árbol floreció y florece continuamente en la tierra»<sup>1</sup>.

El Concilio hizo que la Iglesia de Cristo redescubriera su identidad más profunda: ser un pueblo «sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG, 1), «una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (LG, 4).

El reto de nuestro tiempo es hacer que esta realidad llegue a ser una experiencia vivida y, porque es vivida, es comunicable. El primer paso es desprenderse del modo de ser Iglesia durante los últimos 500 años. Tener el coraje de dar este paso, o mejor, de dejarnos conducir en este paso por el Resucitado que camina entre nosotros.

El Dios abandonado es «el Dios de nuestro tiempo», decía Chiara Lubich. Jesús, que sobre la cruz experimenta la lejanía del Padre, es un Dios difícil de creer. Sin embargo María creyó, y sigue creyendo, en el Dios Abandonado. Un Dios que cree en el momento de la separación y, perdiendo su identidad de Hijo, se engendra a sí mismo y a todos sus hermanos a una nueva relación de comunión con el Padre.

El Concilio hizo que la Iglesia de Cristo redescubriera su identidad más profunda: ser un pueblo «sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano», «una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Es Él quien nos ha dado la espiritualidad de comunión que tiene por objeto conducirnos hacia un modo nuevo de ser Iglesia, para construir, como decía Chiara Lubich, «una infinidad de Iglesias» marianas, domésticas y populares: «¿No será acaso Jesús en medio de estas Iglesias volantes, que pueden ir a todo el mundo, el alma del mundo del mañana? ¿Y no será acaso que Dios permite esta invasión de un mundo ateo, pero que hace también algo constructivo, para hacer de modo que todas las verdades (...) retornen a la fuente, es decir a Jesús? Y esto siempre a través de pequeñas cosas, como Jesús que nace en un establo, a través de dos o más: dos o más chicos, dos o más chicas, dos o más señoras, la mamá y un hijo, la nuera y la suegra, dos o más. La idea de poder construir con Jesús-persona en medio de nosotros una infinidad de Iglesias, es la idea que más me viene a la cabeza en estos días y quisiera comunicarla a todos vosotros (...) Yo quisiera (...) comunicaros sobre todo la pasión, que invade mi corazón, de invadir la humanidad, de construir en toda la humanidad estas Iglesias»<sup>2</sup>.

Celebrar el Concilio significa tomar en serio la eclesiología de comunión y comenzar a re-formar verdaderamente cada aspecto de la vida de la Iglesia. Es lo que espera la familia humana: ver en la Iglesia el reflejo de su belleza.

<sup>1</sup> Ch. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid, 2002, p. 79.

<sup>2</sup> Id., cit. en *Unità e Carismi* XIX (2009/4) 15.

# Recuerdos de los años conciliares

*Angelo S. Lazzarotto, p.i.m.e.*

*La experiencia del Concilio Vaticano II vivida por un joven religioso de entonces: sus esperanzas, expectativas y frutos...*

**L**LEVABA un par de meses de misionero en Hong Kong, cuando, a comienzos de 1959, Angelo Roncalli, convertido en Juan XXIII desde hacía poco, anunció la convocatoria de un Concilio Ecuménico. Aquella noticia sorprendió incluso a quien, tres meses antes, no había ocultado su frustración cuando un obispo de casi ochenta años fue elegido para la Cátedra de Pedro. El período preparatorio, que viví con compañeros ajenos al *Catholic Centre* de la diócesis, contó con momentos de espera confiada y casi incrédula y con un mal disimulado escepticismo. Pero a comienzos de 1962, acercándose ya la fecha fijada para la apertura de la gran asamblea, se mostró evidente el valor profético de la intuición del Papa Bueno. Recuerdo el nerviosismo de mi obispo, Lorenzo Bianchi, un veterano con casi treinta años de misión, que había pasado más de un año en las cárceles comunistas.

A su vuelta de la primera sesión, parecía rejuvenecido. Aceptó sin titubeos la propuesta de subrayar la semana de oración por la unidad de los cristianos, haciendo un intercambio de visitas con el obispo de la Iglesia Anglicana. Después de la segunda sesión,

me animó a organizar un congreso de estudio para el clero local y los misioneros de varios institutos presentes en la diócesis, sobre la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, firmada por Pablo VI el 4 de diciembre de 1963. La renovación litúrgica era un tema emocionante por los nuevos horizontes que abría; finalmente se podía entrever la Santa Misa en lengua china. El discurso ecuménico se ampliaba a dimensiones imprevistas. El P. Gabriele Allegra, o.f.m., ahora beato, (que había dirigido en Pekín y luego en Hong Kong la traducción de toda la Biblia al chino), puso en marcha una colaboración práctica con el movimiento bíblico protestante, organizando una gran muestra intereclesial sobre las traducciones chinas de la Biblia.

En 1965, en Roma por la Asamblea general del Pime, permanecí allí durante doce años como consejero del nuevo Superior general del Istituto. Así me encontré plenamente inmerso en el clima conciliar, viviendo la última sesión de la asamblea romana con varios obispos misioneros, que residían en nuestra Casa general. El nuevo superior del Pime era uno de ellos: Mons. Aristide Pirovano, fundador de la Prelatura de Ma-



capá, en la desembocadura del río Amazonas, en Brasil.

En los primeros años posteriores al Concilio, junto al mucho entusiasmo, había una cierta desorientación en diversos estratos de la Iglesia y el sector misionero resultó uno de los más expuestos. Se sintió así la necesidad de organizar sustanciosos cursos de actualización para los miembros de los institutos específicamente misioneros y de las congregaciones religiosas situadas en la vanguardia de la Iglesia. Es inolvidable la experiencia que pude hacer con la labor de acogida, acompañamiento y relanzamiento del envío misionero, por la gozosa luz que había podido experimentar en mis primeros años de sacerdocio al conocer el “Movimiento por la Unidad” de Chiara Lubich (exactamente en 1950) y que fue un precioso don del Espíritu.

Naturalmente, en aquella década postconciliar, mi primera ocupación era colaborar con el Superior para procurar en el Pime la puesta al día y la renovación deseada. El obispo Aristide Pirovano era un hombre práctico y decidido, así como un hombre de profunda fe; ante opciones importantes para la vida del Instituto, sabía escuchar y dialogar para captar los “signos de los tiempos”. Cambiaban muchas cosas en el contexto sociopolítico de los territorios en los que desde hacía más de un siglo nuestro Instituto estaba comprometido en el anuncio del Evangelio: la descolonización y una marcada toma de conciencia de la propia identidad cultural llevaron a varios países a cerrar sistemáticamente las puertas a los misioneros “extranjeros”. Había que revisar nuestras presencias.

Recuerdo haber sido enviado “como explorador” a concretar posibles campos de misión alternativos, mirando al futuro y fieles a nuestras tradiciones. Entonces fui a África Occidental (Camerún y Costa de Marfil), y a varios países de Asia, con la esperanza de poderlos introducir con un perfil misionero nuevo, más “actualizado”. Así, en Thailandia se

quería que prevaleciese la atención al diálogo con el mundo budista, mientras que en Filipinas, donde la dictadura de Marcos ponía al descubierto situaciones de extrema pobreza, se pretendía una presencia más auténticamente evangélica. Me animaba la amplitud de ánimo de mi superior, que sabía alentar a los hermanos que partían con la perspectiva de intentar “nuevos caminos” de apostolado. Pero tampoco faltaron ardientes frustraciones: en Guinea Bissau, donde la guerrilla se oponía al ejército colonial portugués, o en el sur de Brasil o en Filipinas, donde se quería derrocar la dictadura, varios de los nuestros acabaron contagiados por la ideología y la estrategia de la extrema izquierda. En cambio, otros, se perdieron en ilusorias “fugas hacia adelante” respecto a los estilos tradicionales de vida propuestos por la Iglesia. Algo que se imponía en aquellos años era la necesidad y la dificultad de actualizar el itinerario formativo en los seminararios destinados a preparar para la misión. Debo decir que también en estas cuestiones delicadas el Ideal de la unidad me ayudó a orientar la brújula hacia lo esencial de lo que Jesús pide a su Iglesia y a los evangelizadores.

El deseo de renovarnos en el espíritu del Concilio permanecía vivo, y se expresó especialmente en la Asamblea general del Instituto, que fue un auténtico “Capítulo de Aggiornamento”. Preparada con encuestas y estudios que implicaron también a las comunidades dispersas en los continentes, la Asamblea, comenzada el 24 de mayo de 1971, se prolongó con varias comisiones de trabajo hasta enero siguiente, revisando y renovando los estatutos fundamentales del Instituto y las normas prácticas. Al presentar las conclusiones, el Superior subrayaba que la evangelización de los no cristianos (fin específico del Instituto) se desarrollaría con una inserción más viva y clara en el tejido de la Iglesia, con prioridad en el continente asiático, con renovación de los métodos de evangelización y de iniciación cristiana.

# Intentando releer una experiencia desde la pedagogía de Dios

*Santino Bisignano, o.m.i.*

*El Concilio vivido durante los años de formación. El “nuevo Pentecostés” dentro de los nuevos fermentos de la Iglesia y de la sociedad. Los primeros frutos.*

«**D**OMINE, da mihi Spiritum tuum» (Señor, dame tu Espíritu). Esta fue la invocación que me consigné el Delegado Nacional de los Jóvenes de Acción Católica en 1951, cuando yo era delegado de Juniores de la diócesis de Patti (Sicilia); fue durante un encuentro en el santuario de la Madonna del Tindari. ¡Significativo! Desde entonces la repito diariamente mientras paso las cuentas del rosario o paseo. Creo que es el Espíritu Santo el que nos guía en cada paso, y, como Maestro interior, ilumina cada tramo de nuestro camino de seguimiento del Señor, que nos ha llamado personalmente. Muchas cosas vividas siendo jóvenes se comprenden después de haber sucedido.

### La formación

En los años de formación, las vivíamos con el significado que tenían en aquel mo-

mento y en aquella circunstancia, sintiendo que nos hacían bien, daban alegría, impulsaban a mirar el futuro con confianza y creatividad, estimulaban a cuidar la propia formación, los estudios, una relación vital con los orígenes de la Congregación, con el fundador, unidos a toda la familia de los oblatos y, como misioneros, con un corazón abierto a la humanidad. Poco a poco, creciendo junto con toda la Iglesia, aquellos detalles minúsculos adquirían un

Que las experiencias hechas como estudiante, durante los años de formación poco antes del Concilio, formaban parte de la acción pedagógica de Dios, que preparaba la Iglesia al acontecimiento del Vaticano II. El Espíritu bajaba sobre todos, no sólo sobre los responsables y sobre los Padres Conciliares.

significado que aún dejan asombro y generan gratitud: y cantas tu *Magnificat* con María. ¿Qué se comprende? Que las experiencias hechas como estudiante, durante los años de formación poco antes del Concilio, formaban parte de la acción pedagógica de Dios, que preparaba la Iglesia al acontecimiento del Vaticano II. El Espíritu bajaba sobre todos, no sólo sobre los responsables y sobre los Padres Conciliares. ¿Cómo podíamos acoger el evento del Vaticano y sentirlo como un «nuevo Pentecostés» (Juan XXIII), «un don para la Iglesia» (Pablo VI), la «gracia para el nuevo siglo» (Juan Pablo II), si alguien no nos hubiera interpelado dentro de nosotros enseñándonos a escuchar, a acoger, ver con mirada atenta el mundo en su impresionante transformación, invitándonos a “sufrir por el Evangelio” (2Tm 1, 9) y por la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo (Cf. GS 4-11)? La formación era una palestra de vida. Esta experiencia concurrió a madurar las actitudes con las cuales acoger la enseñanza del Vaticano II y vivir nuestra vida consagrada y nuestra misión; se trataba –y se trata– de caminar en la novedad de Dios en nuestro hoy de rostro inquietante, en el cual se expresa el genio del hombre y se palpa el peso destructor del mal; el reto es moverse en sintonía con la acción salvífica del Padre y del Hijo en el corazón de las personas y de la sociedad, mirando hacia adelante.

Recuerdo vivamente mi época de estudiante en Roma (1955-1959) y luego de sacerdote estudiante (1959-1962). Con mis hermanos gozaba por el clima de fraternidad y de libertad de la comunidad, por la confianza de los superiores y entre las personas, por la apertura del estudiantado a la Iglesia y al mundo. Comentábamos entre nosotros sobre los cambios de la sociedad y de la pastoral, de nuestras expectativas y de nuestros sueños, de la ri-

queza de las diversidades de los pueblos (éramos de 23 naciones), de la necesidad de abrirnos a experiencias pastorales durante la formación (¡entonces los seminarios eran como “invernaderos” de los que no se salía nunca!); además, de la vida es-

Afrontando con los hermanos y con otros consagrados, los obstáculos y los esfuerzos de los caminos concretos de lo cotidiano, estábamos seguros de que la presencia del Resucitado sería la luz de nuestro camino, la fuente de la renovación y del valor en las opciones espirituales y apostólicas impregnadas por el carisma del fundador.

piritual, y especialmente de la reforma de la Semana Santa propuesta por Pío XII, por el significado que iba adquiriendo en la vida de la Iglesia y entre nosotros. Teníamos algunas revistas que expresaban y estimulaban la renovación de la liturgia (“*La Maison de Dieu*”), de la Palabra de Dios, de la Catequesis (“*Lumen vitae*”). Los superiores invitaban a personas que nos ayudaban en estos campos. P. Taché, uno de los formadores, subrayaba que un formador ha de estar “un cuarto de hora por delante que los jóvenes”, si quería ayudarlos y aprender o intuir en ellos los cambios. Se miraba al laicado, en particular a la JOC (Juventud Obrera Católica), fundada por el Abbé Joseph Cardijn en 1925 (creado cardenal por Pablo VI en 1965), a la Acción Católica Italiana (yo provenía de sus filas), a los nuevos movimientos que traían un soplo de vida y abrían nuevos caminos de presencia y de servicio, sus dificultades, el discernimiento (por ejemplo, los focolarinos, la Juventud Estudiantil de D. Luigi Giussani, hoy

Comunión y Liberación, de la que nació el movimiento de San Egidio con Andrea Riccardi, etc.). Para nosotros era todo un fermento de vida, interpelados por cuanto sucedía en la misma sociedad, que hacía sentirnos dentro de ella.

### El Concilio

Con este ánimo, y con no pocos temores, se vivió la apertura del Concilio y se siguió su evolución. Recuerdo un detalle: la participación en el encuentro inicial de la comisión preparatoria con Juan XXIII, sustituyendo en el último momento a un compañero que enfermó repentinamente.

No tiene valor y puede resultar estéril una experiencia tomada aisladamente; solo si asume el carácter eclesial de “memoria” puede transmitir un mensaje que esté en sintonía con el obrar de Dios en la sociedad, en este «desierto espiritual que avanza» e invita a no dejar nada por intentar para “*docere quis sit Christus*” (enseñar quién es Cristo): «*Mirad al futuro, al cual os proyecta el Espíritu para hacer con vosotros cosas grandes*».

Superada la emoción, la mirada recayó sobre la persona del papa: la valentía de aquel hombre y su amor a la gente. “*Charitas Christi urget nos*” (Nos apremia el amor de Cristo, 2Co 5, 14). Un hombre libre, sencillo, que actuaba delante Dios, movido por su amor, en profunda comunión con Él. Fue como una semilla depositada en el alma. Amar a la Iglesia era entrar en esta visión que el papa proponía, yo el primero, y moverme a lo largo de las sendas

trazadas por el Concilio. Tenía que hacer mi parte, con pasión, allí donde el Señor me quisiera. La Palabra de Dios, el misterio pascual, la atención a los signos de los tiempos en clave teológica y no solo sociológica, el compromiso por una comunidad unida en su nombre, la formación de las nuevas generaciones y de los formadores, la relación de comunión entre las familias religiosas y con las nuevas realidades que nacían en la Iglesia, eran algunas constantes. Afrontando con los hermanos y con otros consagrados, los obstáculos y los esfuerzos de los caminos concretos de lo cotidiano, estábamos seguros de que la presencia del Resucitado sería la luz de nuestro camino, la fuente de la renovación y del valor en las opciones espirituales y apostólicas impregnadas por el carisma del fundador. No faltaban los testimonios. Pablo VI había definido al papa Juan como “una voz profética para nuestro tiempo”.

En este contexto nació la comunidad oblata de Marino, en el encuentro de comunión entre el carisma del fundador, san Eugenio de Mazenod, y el carisma de la unidad de la Obra de María.

También hoy, con el Año de la Fe y el cincuentenario del Concilio, hemos de sentirnos implicados, con el corazón, unidos en su nombre, en una acción del Espíritu por la nueva era de la Iglesia en la realización de su misión en el mundo. No tiene valor y puede resultar estéril una experiencia tomada aisladamente; solo si asume el carácter eclesial de “memoria” puede transmitir un mensaje que esté en sintonía con el obrar de Dios en la sociedad, en este «desierto espiritual que avanza» (Benedicto XVI) e invita a no dejar nada por intentar para “*docere quis sit Christus*” (enseñar quién es Cristo): «*Mirad al futuro, al cual os proyecta el Espíritu para hacer con vosotros cosas grandes*» (Juan Pablo II).

### Unidad y Carismas

# La aportación de Chiara Lubich al camino ecuménico del Vaticano II

*Joan Patricia Back*

*En el 2011 se celebraron los cincuenta años de vida ecuménica del Movimiento de los Focolares y en el 2012 hemos celebrado el 50 aniversario del comienzo del Concilio Vaticano II. La coincidencia es un signo evidente de lo que afirma el Decreto sobre el ecumenismo del Concilio, la Unitatis redintegratio (UR) cuando dice que muchísimos cristianos han sido tocados por la “gracia del Espíritu Santo” (UR 1), del deseo de la unidad.*

### Los indicios

Desde los comienzos de los Focolares en los años cuarenta, la oración de Jesús por la unidad, en el Evangelio de Juan, fue la *carta magna* de la vida de Chiara y de sus primeras compañeras y compañeros. Había comprendido que habían nacido para esa página del Evangelio, pero pensaban en la unidad entre los católicos en Trento. Refiriéndose a *Jn 17, UR 8* afirma: «*Es frecuente entre los católicos concurrir a la oración por la unidad de la Iglesia*». Dios los preparaba, pues ya rezaban esta oración diariamente después de la Misa.

Cuando Igino Giordani, primer focolarino casado y pionero ecuménico, acompañó a Chiara en 1950 al ecumenista P. Charles Boyer, a la pregunta de este sobre si el Movimiento se ocupaba de la unidad de los

cristianos, ella, desconociendo entonces los planes de Dios, respondió: “No”. Chiara misma comentará en años posteriores que no sabía que Dios podía tener este designio sobre el Movimiento naciente.

Pero en los años cincuenta este designio empezó a revelarse. Contactos con reformados de Suiza y con luteranos de Alemania concurren a trazar el nuevo itinerario. Un reformado suizo, Hans Brüttsch, en 1956 conoció en Milán a algunos focolarinos. Volviendo a Suiza, dio a conocer este espíritu a amigos suyos católicos, los cuales, a su vez, hablaron de él a una Fraternidad luterana.

Un indicio del designio ecuménico de Dios sobre el Movimiento lo podemos entrever en un viaje de Chiara a Jerusalén ese mismo año. Delante del sepulcro de Jesús dividido entre las iglesias, escribe: «*En ese*

*momento, pasaron por mi alma todos los traumas y las separaciones que han golpeado a lo largo de los siglos [...] al Cuerpo Místico de Cristo*<sup>1</sup>, revelando cuán dentro tenía la pasión por la unidad de la Iglesia.

### Comienza el diálogo

El 14 de enero de 1961, en Darmstadt (Alemania), marca la fecha del nacimiento del compromiso ecuménico de los Focolares y el inicio de un nuevo diálogo, el de la vida, que va surgiendo con los años.

Chiara fue invitada a hablar a las Marienschwestern (religiosas luteranas) y a algunos pastores luteranos, entre ellos a Klaus Hess, de la Bruderschaft von Gemeinsamen Leben (Fraternidad de la vida común), los cuales reaccionaron positivamente a sus palabras, muy interesados por cómo los católicos trataban de poner en práctica el Evangelio y tenían la pasión por la unidad de la Iglesia de Cristo, que ellos también sentían.

Así describe Chiara este primer encuentro ecuménico suyo: «*Existen prevenciones de siglos que nos separan, pero he visto que son cristianos de buena fe, amables, personas abiertas. [...] He bendecido a Dios por esta nueva experiencia, que es el comienzo de muchas otras, como se están manifestando ahora*»<sup>2</sup>.

### Los años de preparación al Concilio

Mientras tanto, en Roma hervían los preparativos para el Vaticano II, y el entonces arzobispo Agostino Bea, más tarde presidente del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, trabajaba incansablemente para que la asamblea fuera acuménica, según el deseo de Juan XXIII. Chiara y Bea se encontraron. Él, que era alemán, la animó a seguir adelante en los contactos con los luteranos. En uno de sus primeros encuentros con ellos en Alemania, en 1961,

Chiara se refirió a aquel ánimo de la Iglesia católica de trabajar en el campo ecuménico: «*Nuestra presencia aquí [...] la hemos sometido a nuestros superiores, los cuales nos han dado su bendición, y así podemos desarrollar dentro de nosotros esta vocación para acercarnos a todos nuestros hermanos cristianos*»<sup>3</sup>.

La Iglesia anglicana de Inglaterra se interesa por el inminente Concilio y envía a Roma al canónico Bernard Pawley. La providencia de Dios quiso que se encontrara con Chiara Lubich el 9 de mayo de 1961. «*Quizá el Espíritu Santo quiera actuar de dos modos –decía Chiara informando– directamente sobre la Iglesia y sobre quien tiene que decidir, sobre las autoridades, sobre los participantes en el Concilio, pero también tiene que actuar en cada uno de nosotros, y el Espíritu Santo actúa si nosotros amamos*»<sup>4</sup>. Pawley responde: «*Estoy convencido de que los teólogos podrán hacer mucho por la unidad, pero, a mi parecer, son los laicos los que, en un determinado momento, tienen que hacer sobre todo su parte. Ellos dirán, desde una parte a la otra: “Nosotros amamos a Jesús, amamos a Jesús, ¿qué nos mantiene desunidos? Vosotros, los teólogos, estudiad vuestras cosas, pero nosotros nos amamos y somos todos una sola familia”*»<sup>5</sup>. Chiara comenta: «*Parecía que subrayaba lo que antes me había dicho el Card. Bea cuando le informé del encuentro de Darmstadt, que decía: “El Concilio hará mucho, pero hará mucho más, el doble, si los católicos y los demás, si los fieles trabajan para conocerse, para amarse, para sentirse uno”*»<sup>6</sup>.

### El nacimiento del “Centro Uno”

En aquel clima de grandes expectativas ecuménicas, la Obra fundada por Chiara avanzaba por el camino del diálogo ecuménico.

Cinco días después de su encuentro con Pawley y dos días antes de su reunión con los luteranos en Violau, el 24 de mayo de 1961, Chiara crea en Roma el “Centro

Uno” para la unidad de los cristianos, como una secretaría particular para seguir y promover la naciente labor ecuménica.

Un escrito de aquel día explica por qué le vino a Chiara tal idea: *«Esta mañana, después de la comunión, he comprendido que deberíamos hacer un Centro para los protestantes»*<sup>7</sup>. *«Es necesario agitar, o sea, mantener vivo entre los cristianos el problema de la unidad de todos mientras se prepara el Concilio. No sabemos cuándo habrá otro Concilio, por eso es necesario hacer ahora este trabajo»*<sup>8</sup>.

*«El sepulcro de Jesús pertenece a distintas confesiones; también el sepulcro de Jesús está dividido, igual que la cristiandad». Explica que había salido de Palestina con el deseo de «acercarse a nuestros hermanos que tienen los otros pedazos y decirles: “Si amamos a Jesús, tenemos que hacer su voluntad; tenemos que amarnos hasta morir los unos por los otros, tenemos que intentarlo todo en el amor”»*

Luego, estando en Alemania, dice: *«Esta mañana hemos pensado juntos [...] en el viaje hecho a Tierra Santa y recordamos haber probado un gran dolor [...]. El sepulcro de Jesús pertenece a distintas confesiones; también el sepulcro de Jesús está dividido, igual que la cristiandad»*<sup>9</sup>. Explica que había salido de Palestina con el deseo de *«acercarse a nuestros hermanos que tienen los otros pedazos y decirles: “Si amamos a Jesús, tenemos que hacer su voluntad; tenemos que amarnos hasta morir los unos por los otros, tenemos que intentarlo todo en el amor”»*<sup>10</sup>. Chiara sentía un fuerte impulso a *«hacer cualquier cosa para acercarse a aquellos de los cuales estamos separados sin que sepamos por qué»*<sup>11</sup>.

Conectando estos pensamientos con el incipiente Vaticano II, añadía: *«Si ahora es*

*la hora del Concilio, quiere decir que lloverán muchas gracias, pero cada uno de nosotros tiene que hacer su parte»*<sup>12</sup>.

Escribe así al pastor Klaus Hess dos días después de la apertura del Concilio: *«¡Podrá imaginarse con qué alegría estamos viviendo en Roma estos días de la apertura del Concilio!». Y lo invita a venir «para respirar con nosotros la atmósfera sobrenatural que ya envuelve toda Roma [...]. Continuaría el diálogo iniciado el año pasado con tantos resultados y seguiremos siendo instrumentos, tal vez inútiles e infieles, pero de cualquier modo instrumentos para que el testamento de Jesús se realice entre todos»*<sup>13</sup>.

## Contactos con los observadores de diferentes Iglesias

El canónico Pawley maduró la idea de que el Movimiento de los Focolares era un movimiento con una espiritualidad “puente”, idóneo para construir la unidad entre las Iglesias<sup>14</sup>, donde anglicanos de diversas tendencias podían encontrarse; idea que confió a Pablo VI, al cual conocía bien. Pawley informaba regularmente al arzobispo de Canterbury. En una relación habla del Movimiento: *«Pienso que es un fenómeno suficientemente importante como para que la Iglesia de Inglaterra lo tome en consideración. [...] Han abierto un centro para la “Unidad” cerca de Piazza Navona que a mí me parece que ofrece esperanza. [...] Este movimiento parece infundir infinitas posibilidades respecto a la unidad»*<sup>15</sup>.

Pawley invita a almorzar a Chiara, junto con algunos observadores, entre los cuales el arcipreste ortodoxo ruso Vitaly Borovoy y el teólogo reformado suizo Lukas Vischer, observador por parte del Consejo Ecuménico de las Iglesias. Fue este quien preparó la primera visita de Chiara al Consejo Ecuménico en Ginebra en 1967. Otra personalidad del mundo reformado en contacto con Chiara desde los años del Concilio fue el

Hno. Roger Schutz, fundador de la comunidad monástica de Taizé.

### Vivir el decreto sobre el ecumenismo

En noviembre de 1964 fue promulgado el Decreto *Unitatis redintegratio*. Chiara aconsejaba conocer su texto de memoria<sup>16</sup>. En él se exhorta a «*todos los fieles católicos a que, reconociendo los signos de los tiempos, participen con decisión en la obra ecuménica*» (UR 4)<sup>17</sup>. El Movimiento había empezado a hacerlo. Se vivía lo que más tarde sugería el decreto: «*Los fieles católicos, en la acción ecuménica, se mostrarán sin titubeos, llenos de solicitud para con sus hermanos separados*» (UR 4)<sup>18</sup>. Además se pide rezar por ellos y dar los primeros pasos, cosas que eran espontáneas para los focolarinos. Con la vida comprendieron otro principio del decreto: «*La tarea de restablecer la unión afecta a toda la Iglesia [...], le corresponde a cada uno según sus posibilidades*» (UR 5). Incluso quien no conocía a personas de otras Iglesias se sentía comprometido en este diálogo viviendo para el *Ut omnes*.

En la revista del Movimiento, *Città Nuova*, se encuentran artículos sobre el ecumenismo ya desde 1959. El director del “Centro uno”, Igino Giordani, escribe: «*Nuestro periódico, inspirado principalmente por el ideal de la unidad [...] sigue con incesantes oraciones los trabajos del Concilio sobre este sector [...], al que responde la voz del “Centro Uno”, creado por los focolarinos para concurrir al apostolado ecuménico*»<sup>19</sup>.

En el “Centro Uno”, en un folio con apuntes de trabajo para el año 1964-1965, se lee: «*Conforme se vayan presentando eventos nuevos en el sector del ecumenismo (especialmente en época conciliar) o tengan lugar discusiones o propuestas nuevas, habría que confiar su examen atento a una focolarina o a un focolarino*»<sup>20</sup>.

El decreto conciliar habla de la Sagrada

Escritura como instrumento excelente para alcanzar la unidad (UR 21). Lo testimonia lo mucho que les atraía a los luteranos vivir juntos la Palabra de Dios porque nos une en Cristo. Ya en 1948 Chiara veía la Palabra en función de la unidad: «*Estamos unidos en el nombre del Señor, si vivimos la Palabra de vida, que nos hace uno*»<sup>21</sup>.

Otro pilar de la espiritualidad de Chiara es Jesús crucificado y abandonado, al que veía como un modelo, como la llave para realizar la unidad, para tener al Resucitado en medio de nosotros. La ascética de abrazar todos los dolores de la desunión formaba parte de su vida, que más tarde se definió como “un estilo de vida ecuménica”, el cual reclama la conversión interior pedida por el decreto sobre el ecumenismo.

La *Bruderschaft* y los Focolares tenían cada uno su propia espiritualidad, pero ambos sintieron el impulso a vivir juntos el Evangelio con miras al *Ut omnes unum sint*, dando vida, en 1968, a una ciudadela ecuménica en Ottmaring (Alemania). En su inauguración, el Card. Bea envió un mensaje con palabras que se hacían eco de la *Unitatis redintegratio* 7: «*Cuanto más comprendamos y vivamos el Evangelio, tanto más nos acercaremos entre nosotros, porque entonces nos hacemos más semejantes a Cristo*»<sup>22</sup>.

Recorriendo la historia ecuménica de los Focolares, vemos lo mucho que se experimentaron ya con cristianos de muchas Iglesias los principios de la *Unitatis redintegratio*, como reconocer y estimar los valores del patrimonio común y ser edificados por el amor a la Palabra de Dios (UR 4). Se acogían cristianos de otras Iglesias con



amor y se recibía amor de ellos, de modo que se vivía juntos el mandamiento nuevo de Jesús (*Jn* 15, 12-13), otro pernio de la espiritualidad del Focolar. Este amor recíproco era la premisa para vivir juntos el «donde dos o más están reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos» (*Mt* 18, 20). La presencia de Jesús en medio de los cristianos de diferentes Iglesias, unidos en su nombre, era fundamental para el Movimiento en su camino hacia la unidad.

En la *Unitatis redintegratio* encontramos la cita de *Mt* 18, 20 en relación con la oración con cristianos de Iglesias diversas: «Estas oraciones en común son sin duda un medio muy eficaz para impetrar la gracia de la unidad y constituyen una manifestación auténtica de los vínculos con los cuales los católicos permanecen unidos con los hermanos separados» (*UR* 8). Era algo nuevo en los años 60. Antes del Vaticano II los católicos no rezaban con cristianos de otras Iglesias. Chiara estaba convencida de que la promesa de Jesús se podía vivir también entre católicos y luteranos, pero antes de ir a Alemania quiso obtener la confirmación del obispo Guilio Vanni de la diócesis de Pitigliano-Sovana-Orbetello, el cual confirmó cuanto ella pensaba: «Cuando nos reunimos con esos protestantes, yo podría asegurar que siempre hay Jesús en medio»<sup>23</sup>, lo cual no se limitaba a los momentos de oración. De hecho, esta experiencia se puede entrever confirmada en la *Lumen gentium*, que, hablando de los cristianos de otras Iglesias y de las cosas que nos unen, cita «una cierta unión en el Espíritu Santo» (*LG* 15).

Chiara creía en el valor ecuménico de Jesús en medio. Lo veía como «una necesidad ecuménica»<sup>24</sup>, «una ayuda formidable para un ecumenismo vital»<sup>25</sup>, hasta el punto de decir que «nuestro ecumenismo es Jesús en medio de nosotros»<sup>26</sup>. Lo veía importante sea para el ecumenismo espiritual como para el teológico: «Jesús nos ha hecho comprender que

*teníamos que ir al encuentro de nuestros hermanos separados para hacer unidad con ellos y para encontrar un modus vivendi mientras tanto unido, hasta que la verdad aparezca radiante entre todos; para esto hacía falta gente formada así, formada por Jesús mismo, por Jesús en medio»*<sup>27</sup>.

Con el paso de los años, en esta comunión experimentada con cristianos de tantas Iglesias, podemos ver lo que afirma el decreto: «Cuanto más estrecha sea la comunión de ellos con el Padre, con el Verbo y con el Espíritu Santo, tanto más íntima y fácil podrán manifestar la fraternidad recíproca» (*UR* 7). La unión con Dios y la unidad con el hermano es la base del ecumenismo espiritual al que el decreto llama alma del movimiento ecuménico (*UR* 8).

Fue fundamental para Chiara el ánimo y el apoyo del papa Pablo VI... «Subrayó prácticamente la actitud que ya tenía el Movimiento o quería tener o se esforzaba por tener, y esto no sólo lo subrayó, sino que nos manifestó la voluntad de Dios hacia estos hermanos nuestros y me dijo: “Adelante, seguid, tratad de comprenderlos, poneos de su parte para comprenderlos”. Prácticamente me dijo: “Amadlos”, porque el amor es nuestra fuerza»

Otro pilar de la espiritualidad de Chiara es Jesús crucificado y abandonado (*Mt* 27, 46 y *Mc* 15, 34), al que veía como un modelo, como la llave para realizar la unidad, para tener al Resucitado en medio de nosotros. La ascética de abrazar todos los dolores de la desunidad formaba parte de su vida, que más tarde se definió como “un estilo de vida ecuménica”, el cual reclama la conversión interior pedida por el decreto sobre el ecumenismo (*UR* 7).

Estudiando los escritos de Chiara Lubich, emerge claramente, desde los inicios, su sólida base doctrinal; ellos expresan de modo comprensible para cristianos de otras Iglesias, su pensamiento sin falso irenismo, condición que la *Unitatis redintegratio* señala entre los principios (UR 11)<sup>28</sup>.

Fue fundamental para Chiara el ánimo y el apoyo del papa Pablo VI, que ella comunicaba a los cristianos de otras Iglesias. En un congreso con luteranos, los informó sobre un encuentro con el papa en el que hablaba de ellos: «*En ese momento, el Santo Padre hizo un gran silencio interior y me escuchó. Subrayó prácticamente la actitud que ya tenía el Movimiento o quería tener o se esforzaba por tener, y esto no sólo lo subrayó, sino que nos manifestó la voluntad de Dios hacia estos hermanos nuestros y me dijo: "Adelante, seguid, tratad de comprenderlos, poneos de su parte para comprenderlos". Prácticamente me dijo: "Amadlos", porque el amor es nuestra fuerza*»<sup>29</sup>.

Ahora, después de más de cincuenta años de vida ecuménica del Movimiento de los Focolares, podemos constatar que el carisma de Chiara ha ayudado a muchos cristianos a responder a «*a esta vocación y a esta gracia divina*» que es el compromiso por «*restablecer la unidad entre todos los discípulos de Cristo*» (UR 1).

rector Canónico David Richardson Centro Anglicano, Roma).

<sup>10</sup> «*Releyendo el decreto sobre el ecumenismo, con la hermosísima introducción del Card. Bea, Chiara decía que todos nosotros deberíamos saberlo de memoria*», en una carta de Eli Folonari del 18.6.1965. Archivo "Centro Uno" (inédito).

<sup>11</sup> Se ha de observar que en los *Estatutos de la Obra de María* (Movimiento de los Focolares) de 1962 y 1963, el ecumenismo está presente en el fin específico.

<sup>12</sup> En aquella época se utilizaban las palabras "hermanos separados" para indicar a los cristianos no católicos. En la UR, en el texto original latino se habla de "fratres seiuncti" o "fratribus seiunctis".

<sup>13</sup> I. Giordani, *L'ecumenismo al Concilio*, in *Città Nuova*, 1963 n. 22, p. 7.

<sup>14</sup> Folio sin fecha, escrito probablemente por Giosi Guella, Archivo "Centro uno" (inédito).

<sup>15</sup> C. Lubich, *La Palabra de vida, en Escritos espirituales/3*, Ciudad Nueva, Madrid 1998.

<sup>16</sup> Recogido en G. Bossi, *Qui vivranno insieme cattolici e luterani*, en *Città Nuova* 1968 n. 14, p. 35.

<sup>17</sup> Grottaferrata 21.3.1964 (inédito).

<sup>18</sup> Nuremberg (Alemania), 7.12.1964, citado en J. Povilus, "*Jesús en medio*" en *el pensamiento de Chiara Lubich*, Ciudad Nueva, Madrid 1988.

<sup>19</sup> C. Lubich, *Cristo nella comunità*, in *Città Nuova*, 1978 n. 11, p. 40.

<sup>20</sup> Liverpool 17.11.1965 citado en J. Povilus, op. cit.

<sup>21</sup> Grottaferrata 26.2.1964 (inédito).

<sup>22</sup> El obispo Klaus Hemmerle destaca la concordancia del pensamiento de Chiara con los textos del Concilio Vaticano II en la Introducción a C. Lubich, *Donde dos o tres*, en *Escritos espirituales/3*, Ciudad Nueva, Madrid 1976.

<sup>23</sup> C. Lubich, *Pensamientos*, en *Escritos espirituales/1*, cit.

<sup>24</sup> Nuremberg (Alemania), 7.12.1964, citado in J. Povilus, op. cit.

<sup>25</sup> C. Lubich, *Cristo nella comunità*, en *Città Nuova*, 1978 n. 11, p. 40.

<sup>26</sup> Liverpool 17.11.1965 citado in J. Povilus, op.cit.

<sup>27</sup> Grottaferrata 26.2.1964 (inédito).

<sup>28</sup> El obispo Klaus Hemmerle destaca la concordancia del pensamiento de Chiara con los textos del Concilio Vaticano II en la Introducción a C. Lubich, *Donde dos o tres*, cit.

<sup>29</sup> Rocca di Papa 8.6.1965. Congreso ecuménico (inédito).

<sup>1</sup> C. Lubich, *Pensamientos*, en *Escritos espirituales/1*, Ciudad Nueva, Madrid 1995.

<sup>2</sup> Al Centro Santa Catalina, Roma, 28.1-1961 (inédito).

<sup>3</sup> En Violau (Alemania), 26.5.1961 (inédito).

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> Carta de Chiara al pastor Hess, Roma 13.11.1962 (inédito).

<sup>8</sup> Cf. J.P. Back, *Il contributo del Movimento dei Focolari alla koinonia ecumenica*, Città Nuova, Roma 1988, p. 171.

<sup>9</sup> Informe n° 38 del 30.5.1962, con el título "*Focolarini*" (inédito; publicado con el permiso del Di-

## NUESTRO MÁS ENTRAÑABLE GRACIAS A BENEDICTO XVI

El 24 de abril de 2005 Benedicto XVI en la homilía de la misa inaugural de su ministerio petrino, como él ha gustado llamar al servicio que ha prestado a la Iglesia como Sumo Pontífice, se dirigió a la vida consagrada con palabras cargadas de una gran emotividad: *«Os saludo a vosotros, religiosos y religiosas, testigos de la presencia transfigurante de Dios».*

\* \* \*

*«Las personas consagradas experimentan la gracia, la misericordia y el perdón de Dios no solo para sí, sino también para los hermanos, siendo llamadas a llevar en el corazón y en la oración las angustias y esperanzas de los hombres, especialmente de los que están lejos de Dios. En particular, las comunidades que viven en la clausura, con su compromiso específico de fidelidad en el “estar con el Señor”, en el “estar bajo la cruz”, llevan a cabo a menudo este papel vicario, unidas al Cristo de la Pasión, tomando sobre sí los sufrimientos y las pruebas de los demás y ofreciendo con alegría todo por la salvación del mundo».*

Jornada de la vida consagrada, 2 febrero 2010.

\* \* \*

*«Os invito a alimentar una fe capaz de iluminar vuestra vocación. Os exhorto por esto a hacer memoria, como en una peregrinación interior, del «primer amor» con el que el Señor Jesucristo caldeó vuestro corazón, no por nostalgia, sino para alimentar esa llama. Y para esto es necesario estar con Él, en el silencio de la adoración; y así volver a despertar la voluntad y la alegría de compartir la vida, las elecciones, la obediencia de fe, la bienaventuranza de los pobres, la radicalidad del amor. A partir siempre de nuevo de este encuentro de amor, dejáis cada cosa para estar con Él y poneros como Él al servicio de Dios y de los hermanos (cf. Vita consecrata, 1). [...] No os unáis a los profetas de desventuras que proclaman el final o el sinsentido de la vida consagrada en la Iglesia de nuestros días; más bien revestíos de Jesucristo y portad las armas de la luz –como exhorta san Pablo (cf. Rm 13, 11-14)–, permaneciendo despiertos y vigilantes».*

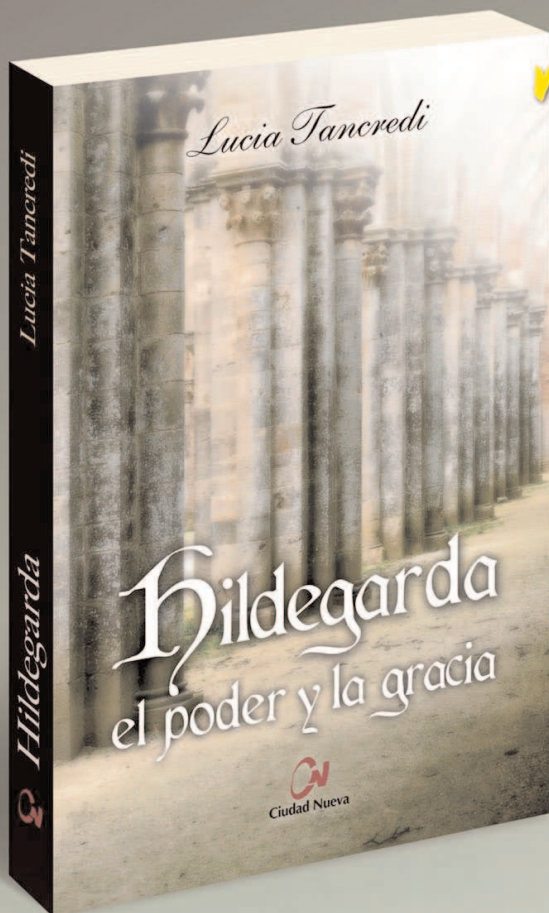
Jornada de la vida consagrada, 2 febrero 2013.

\* \* \*

*«Oh María, Madre de la Iglesia,  
te encomiendo  
toda la vida consagrada,  
a fin de que tú le alcances  
la plenitud de la luz divina:  
que viva en la escucha  
de la Palabra de Dios,  
en la humildad del seguimiento*

*de Jesús, tu hijo y nuestro Señor,  
en la acogida  
de la visita del Espíritu Santo,  
en la alegría cotidiana del Magnificat,  
para que la Iglesia sea edificada  
por la santidad de vida  
de estos hijos e hijas tuyos,  
en el mandamiento del amor. Amén.»*

Homilía en la Fiesta de la Presentación del Señor, 2 febrero 2011.



novedad

Novela  
Histórica

Lucia Tancredi

# Hildegarda el poder y la gracia

256 págs. 16 €

Esta novela histórica sobre la vida de Hildegarda de Bingen (1098 – 1179) se basa en la trama verosímil de una biografía dictada a la monja Adelheidis, que vivió al lado de Hildegarda hasta su muerte.

El relato da pie a una reconstrucción íntima y fiel, capaz de describir la extraordinaria sencillez de una mística asombrosa, amiga de reinas y emperadores, a la vez testigo genial de su tiempo y considerablemente adelantada a su época, y hoy doctora de la Iglesia.

«Su talento más grande era la felicidad. Odiaba lo negro... Prefirió que las túnicas fueran verdes o blancas, no nos cortó los cabellos y quiso que nos vistiésemos de perlas y de rosas para que no sintiéramos vergüenza de la juventud. Nos enseñó que no hay culpa en amar la miel que hay en los libros, y escribió para nosotras la música sublime de los ángeles para que educásemos la voz y el cuerpo al Verdadero Bien».

  
Ciudad Nueva

Adquiéralo en su librería, en nuestra página web [www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)  
o llamándonos al teléfono 91 725 95 30